12021

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

VOLVER Á LA RAZÓN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ARTURO PERERA

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1889

VOLVER Á LA RAZON

VOLVER Á LA RAZÓN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ARTURO PERERA

MADRID
MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.
1889

PERSONAJES	ACTORES
ÁNGELA	Srta. Calderón.
TERESA	Sra. Guillén.
ELVIRA	Srta. Coveña.
DOS NIÑAS	(1)
AUGUSTO	Sr. Calvo (D. Ricardo).
LUIS	» Rivelles.
EMILIO	» Perrín (D. A.).
PABLO	» Sánchez.
UN CRIADO	López Chico.

La escena, contemporánea.

(1) El autor recomienda con encarecimiento que sean suprimidos estos dos personajes si no han de ser *perfectamente* representados.

ACTO PRIMERO

Una sala-despacho elegantemente amueblada.
Una puerta á cada lado.

ESCENA PRIMERA

AUGUSTO y ELVIRA

AUG. (Sentado delante de la mesa leyendo unos autos.) «En »méritos de lo cual, y como mejor proceda en »derecho, suplico á la Sala se sirva tener por »presentado este escrito y.....»

ELV. (Con desdén.) ¡Etcétera, etc.! Todo esto está muy bien; pero resulta que habremos de esperar más de un año antes de obtener la sentencia definitiva. ¿No es así?

AUG. Cierto.

ELV. (Con desenfado y resolución.) Pues bien; como yo no quiero pasar todo ese tiempo aquí fastidiada, repito que me marcho á Italia, como hace tiempo me lo he propuesto.

AUG. ¿Cuándo? (Con ligera ironía.)

ELV. (Como antes.) Mañana ó pasado.

AUG. (Como antes.) Pronto es. ¿Y..... sola?

ELV. (Con coquetería.) O acompañada.

AUG. (Después de mirar con recelo hacia la derecha, acercándose á Elvira con misterio é interés.) ¿Acompañada.....? ¿De quién?

ELV. (Como antes.) ¡Qué sé yo!

AUG. (Con expresión.) ¡Yo sí lo sé!

ELV. (Como antes.) ¡De veras.....! ¿Quién es?

AUG. (Cogiéndole una mano.) ¡El hombre más apasionado y loco de cuantos puede haber en el mundo!

ELV. ¿Qué?.....

AUG. ¡Yo! ¡Sí! ¡Yo mismo!

ELV. (Con viva satisfacción.) ¿Palabra de caballero?

AUG. ¡Palabra de honor! (Elvira se levanta dándole la mano, que Augusto estrecha con las suyas contra el pecho.)

ESCENA II

DICHOS y ANGELA

ANGELA. (Que no ha visto la acción de Augusto por estar éste vuelto de espaldas á la puerta de la derecha por donde entra Ángela.) ¡Ah! ¡perdona! Te creía solo.

AUG. (Fingiendo.) Adiós, señora; á los pies de usted. Permítame que la acompañe. (Le ofrece el brazo.)

ELV. ¿Se va usted á molestar.....?

AUG. Nada de eso. (Elvira coge el brazo de Augusto y se va con él por la derecha. Al pasar junto á Angela, hace un ligero saludo, que ésta corresponde.)

ESCENA III

ANGELA, sola.

¿Será esa mujer?..... No: no lo creo. Su aire distinguido y su belleza me han cautivado; pero, sin embargo, la mirada que me ha dirigido al pasar junto á mí, tenía una expresión singular..... ¡Y Augusto ha parecido turbarse al verme!..... Pero se hubiera atrevido..... ¿Se atrevería á venir á mi propia casa?..... Es verdad que como cliente no tiene nada de extraño, y además los anónimos que he recibido así me lo

aseguran..... ¡Oh Dios mío! ¡Cuanto sufro! Más aun que por mis celos, por tener que ocultarlos y fingir. Pero es necesario el disimulo si he de llegar á saber la verdad. (De repente.) ¡Ya vuelve! (Se sienta.)

ESCENA IV

ANGELA y AUGUSTO

AUG. (Cariñosamente.) ¿Qué haces aquí?

ANGELA. (Con naturalidad.) Esperar tu vuelta.

AUG. (Sentándose á su lado, y cogiéndole y acariciándole una mano.) ¿No sabe Ud., señora mía, que está prohibida la entrada aquí, á estas horas? ¿No sabe usted que esto es más que un bufete, un confesonario?

ANGELA. (Como antes.) Dime, ¿quién es esa señora tan guapa?

AUG. Debes suponerlo: una cliente.

ANGELA. Y debe de ser muy buena, si es la cara el espejo del alma.

AUG. En ella sí. Y tan buena como desgraciada.

ANGELA. ¿De veras?

AUG. ¡Pobre mujer!

ANGELA. Cuéntame su historia.

AUG. ¿Para qué? ¿Para entristecerte?

ANGELA. ¡Qué importa!

AUG. No quiero.

ANGELA. ¿Por qué no me la presentas? Me gustaría ser amiga suya.

AUG. ¡Qué locura!.....

ANGELA. ¿No dices que es tan desgraciada?

AUG. ¿Y es ése bastante título?

ANGELA. Para mí, sí.

AUG. No seas niña, Angela.

ANGELA. Entonces me haces sospechar que no es tan buena como tú afirmabas.

AUG. Cree lo que quieras.

ANGELA. ¿Luego reconoces que es indigna de mi amistad? Pues en ese caso, no sé cómo tú.....

AUG. (Sonriendo.) ¿Qué vas á decir? ¿Que yo no debía aceptarla como cliente?

ANGELA. No: no debierais, tú ni nadie.

AUG. (Como antes.) De manera que, según tu criterio, tampoco los médicos debían asistirlas, ni.....

ANGELA. ¿De todas maneras confiesas que no es una santa?

AUG. ¡Ea! ¡Angela! dejemos ya esta conversación. Al fin y al cabo, nada nos importa ni á ti ni á mí.

ANGELA. (Cambiando de tono.) Te engañas, Augusto. Tanto por la simpatía que me inspira esa mujer, como por lo que de ella me has indicado y que despierta mi curiosidad, te suplico que me cuentes algo de su vida. La parte que buenamente puedas referirme.

AUG. Voy á complacerte; pero no creas que es una historia muy extraordinaria la suya. Por desgracia, es bastante vulgar.—Esa mujer, que apenas tiene veinte años, fué hace tres,—y por consiguiente cuando era todavía una niña,—engañada vilmente por un hombre que al fin la abandonó casándose con otra, y dejando á ella y al ser infeliz que le debió la vida sin medio alguno de subsistencia. Entonces fué cuando acudió á mí. ¿Debía negarme á amparar su derecho y á perseguir al infame que así hollaba los sentimientos más santos y los más sagrados deberes?

ANGELA. ¡Oh, no, no! ¡Procediste bien! Y ¿qué has conseguido?

AUG. Nada hasta ahora. Ese malvado es poderoso por su familia y por sus riquezas, y ha conseguido encontrar testigos falsos para sostener las calumnias que ha discurrido contra esa infeliz.

ANGELA. Y ¿cómo la ha calumniado?

AUG. Suponiendo que ese hombre no es el padre de su hijo.

ANGELA. ¡¡Ah!! (Con mucha expresión.—Pausa.) —¿Y ese..... niño?

AUG. Murió hace poco.

ANGELA. ¡Pobre madre!

AUG. ¡Oh! ¡no sabes cuán digna es de compasión! (Con calor.) ¡Si tú la hubieras visto durante la enfermedad de su hijo, al pie siempre de su cuna, (Con creciente animación.) febril, angustiosa y desesperada, luchando sin tregua ni descanso contra la muerte, que se acercaba lentamente para prolongar sin duda su agonía! ¡Si tú la hubieses visto después, enloquecida de dolor ante el cadáver de su hijo, hasta el punto de quererse arrancar la vida para unirse con él en la tumba!

ANGELA. (Conmovida.) ¡Oh, sí! ¡Te creo, te creo! ¡En esos casos, todas las mujeres somos buenas! ¡Todas somos iguales! (Pausa.) Y dime, Augusto: ¿de qué vive entre tanto esa desdichada?

AUG. (Con ligera turbación.) De..... de una modesta pensión que le pasa una tía suya desde Jaén.

ANGELA. (Con ligera intención.) Muy modesta no será, porque los soberbios caballos de su coche y el lujo con que viste no se sostienen con poco dinero. Y..... ¿cómo no vive con esa parienta suya, mejor que aquí sola y aislada?

AUG. Ya se hubiera marchado tiempo há si no fuese por la esperanza de una transacción, que la familia de su antiguo amante parece dispuesta á proponer.

ANGELA. ¿Sabes lo único que no me agrada de esa mujer tan hermosa?

AUG. ¡Qué sé yo!

ANGELA. Su mirada.

AUG. ¡Bah! (Sonriéndose.)

ANGELA. (Con ligera intención.) Sí, sí. Porque á pesar de serle yo, como es natural, indiferente, me ha

mirado de una manera tan..... dura al entrar yo aquí.....

AUG. ¡Aprensiones!

ANGELA. Debe tener un carácter muy fuerte.

AUG. (Sonriendo.) ¿Qué apostamos á que ahora te parece antipática?

ANGELA. Nada de eso. Pero me gustaría más si no tuviese esa mirada.—Y ¿cómo fué que te eligió á ti por abogado?

AUG. Luis me la presentó. (Bromeando.) Pero..... ¿puedes decirme, querida Angela, por qué son tantas preguntas?

ANGELA. Ya te lo he dicho. Porque me he interesado por esa mujer desde que la he visto. ¿Te molesto quizás?

AUG. ¡Absolutamente nada, hija mía! (Transición.) Y ahora, si tú me lo permites, voy á dejarte.

ANGELA. ¿Tan pronto.....? ¿Adónde vas? (Augusto llama.)

AUG. Al club, para tratar de un asunto.

ANGELA. ¡Dichoso club! Más horas pasas allí que en casa.

(Aparece el criado por la derecha.)

AUG. ¿Está el coche?

CRIADO. Espera al señor.

AUG. El abrigo, el bastón y el sombrero. (El criado atraviesa la escena; sale por la izquierda y vuelve á entrar con lo que Augusto ha pedido. Luego se retira por la derecha.—Augusto coge una llave que hay encima de la mesa, y se la mete en el bolsillo.)

ANGELA. ¿Cuándo piensas volver?..... De seguro muy tarde.

AUG. ¿Por qué lo dices?

ANGELA. Como veo que te llevas la llave de la puerta falsa del jardín.....

AUG. Porque me es más cómodo salir y entrar por ahí. (Señalando la izquierda.) Pero....., en fin, la dejaré. (Deja la llave donde estaba.) No quiero contrariarte en lo más mínimo. Conque (Dándole la mano.) adiós. Hasta luego.

ANGELA. (Con dulzura y timidez.) Sí, también dijiste ayer que volverías pronto, y eran más de las tres de la mañana cuando has vuelto. ¿Crees que puedo dormir estando tú fuera de casa?

AUG. Ayer ya sabes por lo que fué.

ANGELA. Unas veces por un motivo y otras por otro, apenas pasas una hora á mi lado.

AUG. (Cogiéndole una mano y acariciándola.) Pero ¿por qué hablas con esta tristeza?

ANGELA. ¡Si vieras qué pena siento al recordar tantos años de dulce intimidad, y comparar aquella época con ésta!

AUG. ¡Vamos, Angela, por Dios! ¡No digas eso! ¿No sabes que son mis asuntos los que me absorben y me obligan á.....?

ANGELA. Pero ¿qué necesidad tenemos ya de que tú trabajes tanto? ¿No decías hace un año que ibas á retirarte por completo de los negocios?

AUG. Y no tardaré en hacerlo. Pero ahora es imposible. Tengo compromisos ineludibles. Por otra parte, la vida es cada día más cara, y.....

ANGELA. Calla, Augusto. A cualquiera puedes decir eso menos á mí. La fortuna que tenemos es más que bastante para no preocuparnos ni del presente ni del porvenir.

AUG. ¡Ah! si no tuviera tres hijos, y sobre todo las dos niñas, sería yo de tu opinión; pero todo me parece poco para ellas.

ANGELA. Bueno, bueno, Augusto. Anda, no te detengas más, y..... ¡acuérdate de que yo te espero!

AUG. Verás cómo te complazco. ¡Adiós, mi alma! ¡Adios!

ANGELA. ¡Adiós! (Con tristeza.)

AUG. (Contemplándola unos momentos desde la puerta de la derecha.) (¡Soy un infame!)

ESCENA V

ANGELA sola.

¡No, no cabe duda! ¡Me es infiel! ¡Yo no soy ya para él la misma que he sido durante tantos años!..... ¡Bien lo aseguran estos malditos anónimos! (Sacando unas cartas del bolsillo.) Desde que recibí el primero huyó de mi pecho la confianza. Sin ellos, quizá nunca hubiera sospechado de Augusto. ¡Le amo tanto! Pero ¿por qué han de poder esas palabras de..... ¡no sé quién! más que mi voluntad y mi amor? No: ¡no será! (Con energía creciente.) Me rebelo contra esa odiosa y secreta tiranía. ¡Todo lo que aquí se dice son calumnias! ¡Son vilezas inspiradas por la envidia de un alma ruin! ¡Mi marido me ama como yo le amo á él, y nadie conseguirá desunir nuestras dos almas! ¡No: nunca!

ESCENA VI

ANGELA y UN CRIADO

CRIADO. ¿Señora?

ANGELA. ¿Qué? (Dominándose.)

CRIADO. Esta carta. (Presentándola en una bandeja.)

ANGELA. (La recoge. El criado se retira.) ¿Qué es esto?..... ¿Qué hay aquí dentro?..... (Rompiendo el sobre.) ¡Una llave!..... ¿Qué significa? ¡Ah! (Leyendo.) (Con agitación.) Sí; es verdad. ¡Oh! ¡qué bien me conoce el que esto escribe! (Continuando la lectura.) ¡Es preferible mil veces! (Mirando la llave que venía en la carta.) ¡Esta es la llave!..... ¡Dice que allí están todas las pruebas!..... (Señalando un mueblecito que está á la derecha.) ¿Tendré valor?..... (Pausa.) ¡Sí, sí lo tendré! (Va rápidamente á la derecha. Escucha unos momentos, y después cierra con llave la puerta.—

Pausa.) ¡Qué agitado está mi corazón! Cualquiera que me viese, creería que voy á cometer un delito. ¿Y acaso no lo es?..... Pero ¿no se perdona cuando se ejecuta en defensa de la vida? ¡Pues yo lo cometo en defensa de mi amor, que es para mí más que la vida! Quiero saber si es cierta mi desgracia.—¡Oh! ¡Augusto, Augusto! ¡Cuántos pesares me causas! ¡Y no es el menor el sonrojo que siento por lo que voy á hacer! ¡Pero ya no retrocedo! (Va á la papelera ó buró que hay á la derecha en primer término. Lo abre con la llave que ha extraído de la carta.—Saca un cofrecito.) Ahí dice que está la otra llave. (Abre un cajoncito interior del buró. Saca otra llave, con la que abre el cofrecito.) Sí; ¡el corazón me lo anuncia! Aquí deben estar las pruebas de su infidelidad y de mi desdicha! ¡No tengo tiempo que perder! (Saca algunas cartas.—Leyendo una, para sí, unos momentos.) ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué habré querido leerlas? ¡Ahora ya no puedo dudar! (Llora un instante.) Sólo me falta saber.... (Saca unos retratos.) ¡Ah!.... ¡Ella! ¡Sí, es ella! Su mirada me lo había ya revelado! (Contemplando el retrato unos instantes en silencio, y luego se echa á llorar amargamente, diciendo:) ¡Oh! ¡Qué hermosa! (Pausa.—Llaman á la puerta de la derecha.—Asustada.) ¡Jesús!..... ¿Qué hacer? (Va á dejarlo todo en la papelera.) ¡No, no! ¡Quiero convencerme más todavía! ¡Quiero saber hasta dónde llega mi desventura. y quiero también confundirle y arrancarle la máscara! (Coloca el cofre vacío en la papelera.)

TER. Angela.

ANGELA. ¡Voy, voy! (Mete apresuradamente en sus bolsillos las cartas y retratos.)

ESCENA VII

ANGELA y TERESA con dos niñas de la mano.

TERESA. Vengo á cumplir á tus niñas lo que el jueves les ofrecí. Me las llevo al Retiro, y vengo á despedirme. (¿Llora?) (Lleva las niñas hasta la puerta de la izquierda, por donde aquéllas salen.) Esperadme un momento en el jardín que en seguida iré á buscaros.

UNA NIÑA. Adiós, mamá.

OTRA. Adiós, mamita.

TER. Adiós, adiós. (Besándolas.) ¿Qué tienes, Angela?

ANGELA. Nada. ¿Por qué?

TER. No trates de negármelo. Has llorado. ¿A que adivino la causa? Porque se va Augusto mañana, y no te quiere llevar consigo. ¿No es eso?

ANGELA. ¿Que se va Augusto? ¿Adónde?

TER. Pero ¿tú no lo sabías?

ANGELA. ¡Dime, por Dios, adónde!

TER. ¡Qué sé yo! Creo que á Italia. Tal vez ha sido una broma.

ANGELA. ¡No! Ahora soy yo quien te dice que no trates de fingir. ¡Bien sabes que es verdad!

TER. ¡Mujer, dices eso con un tono tan sentido, que no parece sino que trata de cometer un crimen!

ANGELA. No negarás que es, cuando menos, una falta de consideración ocultarme su propósito y noticiarlo á los demás.

TER. Vaya, no seas tan picajosa. Por otra parte, quién sabe si estará ó no resuelto á emprender ese viaje. Y si no lo está, ha hecho bien en no decírtelo, porque como eres una sensitiva, (Burlonamente.) hay que calcular y medir bien las noticias antes de dártelas. Pero ¿qué tienes?..... ¿Te sientes mala? (Abrazando á Angela, que vacila.) ¡Angela! ¡Por Dios!

ANGELA. (Con debilidad.) No es nada; ya ha pasado. Un vahido.

TER. No es eso únicamente. Tú te callas algún disgusto, alguna pena. Sé franca: sobre todo, conmigo bien puedes serlo. Sabes que Augusto dice que más parezco hermana tuya que de él. No en balde hemos estado las dos en el colegio tantos años juntas. Una mujer tan buena y tan cariñosa como tú se hace querer de todo el mundo. Así se enamoró mi hermano tan locamente de ti.

ANGELA. ¿Tú lo crees?

TER. ¿Puedes dudarlo?..... te pregunto yo á mi vez. ¿Te atreverías?

ANGELA. ¡Ay, Teresa! (Continuando el llanto.)

TER. ¡Ah, vamos! ¿De modo que todo lo que tienes se reduce á un ataque de celos?..... ¡Me habías alarmado! Al pronto me he llegado á figurar que te ocurría algo grave.

ANGELA. ¿Te parece que puede haber para mí algo de más gravedad?

TER. ¿Hablas formalmente? ¡Qué niña eres!

ANGELA. No soy tan niña; te equivocas.

TER. Sí lo eres; una niña mimada como ninguna. Desde que has abierto los ojos no has conocido, ni siquiera visto de lejos, la sombra de un disgusto. El hada que presidió á tu nacimiento derramó sobre tu frente toda clase de venturas. Tus padres no han repartido su amor ni sus riquezas con ningún otro hijo. En el convento, todas las profesoras, hasta la terrible Madame Helène, guardaban contigo consideraciones especiales. Tus compañeras te queríamos á cual más, y, por fin, mi hermano, el primer hombre en quien fijaste los ojos con simpatía amorosa, te ha entregado su mano y su corazón para toda la vida.

ANGELA. ¡Ah! (Con mucha expresión.)

TER. Y por si algo faltaba, Dios te ha concedido tres hijos. El mayor, un modelo incomparable de talento y de cariño filial; y dos niñas, las criaturas más hermosas y más listas que pueden encontrarse. Así no es de extrañar que al cabo de tanto tiempo de gozar de una dicha radiante, te preocupes ahora al ver cruzar acaso una leve nubecilla por el cielo de tu vida.

ANGELA. No, Teresa, no. No se trata de eso. Tengo serios motivos de inquietud y de zozobra.

TER. (¿Lo sabrá todo?) Es preciso que estés en guardia contra ti misma antes que contra ningún otro. Es preciso que mires y consideres la vida como ella es, no como ha sido siempre para ti. Sigue mis consejos. Si llega á tus oídos algún rumor de infidelidades, trata de no oir y olvidar. Si ven tus ojos algo que pueda dar fundamento á tus sospechas, ciérralos en seguida. Lo peor que puede desear la mujer es conocer en toda su realidad á su marido. No se encontraría uno digno de ser amado.

ANGELA. ¿Tú hablas así? ¿Y tú quieres al tuyo?

TER. Más de lo que él y ningún hombre se merece. Pero tras de muchas lecciones dolorosas, he aprendido que distan mucho de ser como nosotras quisiéramos y como nosotras somos. Es en ellos la infidelidad una consecuencia lógica de su viciosa educación, ó, como ellos aseguran, una enfermedad que no tiene remedio. ¿Qué quieres?..... Son así, y es preciso reconocerlo y perdonárselo. ¡Si tú fueras hombre, serías lo mismo!

ANGELA. (Con viveza.) ¡Oh, no, no! ¡Imposible!

TER. Y al fin y al cabo debes darte por satisfecha, porque Augusto te ama profundamente, como no podrá amar á ninguna otra mujer. Créeme, le conozco muy bien.

ANGELA. ¡Quién pudiera, como tú, considerar los sucesos de la vida!

TER. Ya me imitarás algún día. Lo que te suplico es que no te olvides ni dudes de mi cariño y de mi interés hacia ti. Siempre he sido y deseo ser tu predilecta, si no tu única amiga; en particular tratándose de este asunto. Para merecerlo, te ofrezco toda mi influencia y todo mi apoyo.

ANGELA. Gracias, Teresa.

TER. (Levantándose.) Así, pues, ¿me prometes (Besándola.) que bien sea para desahogar tu corazón, bien para pedirme un consejo ó un auxilio, me llamarás á mí antes que á nadie?

ANGELA. Te lo prometo.

TER. Y ahora, me marcho; voy á buscar á tus niñas, que estarán impacientes. Recuerda cuanto hemos hablado. Y sobre todo, no olvides que la mujer ha nacido para sufrir y el hombre para que lo suframos. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

ANGELA

¡Oh! ¡De seguro no hablaría así, si supiese lo que yo sé de Augusto; si pudiera apreciar como yo la desgracia que me aflige! A pesar de su carácter indulgente, me ha dado cortedad confesarle el acto vergonzoso que he cometido para tener en mis manos estas pruebas incontestables de las traiciones de Augusto. (Saca las cartas y lee.) —¡Qué diferentes de los míos son los sentimientos que en estas cartas se reflejan! ¡Ni aun las palabras son las mismas! ¡Y, sin embargo, para él son más amorosas que las mías! (Mientras lee rápidamente dos ó tres cartas.)—¡¡En unas la petición; en otras la gratitud; en todas la venalidad y la codicia!!... ¡Oh, basta, basta! ¡No quiero leer más! (Guardando las cartas en el bolsillo.) —¿Es posible que un hombre de nobles senti-

mientos como él, pueda vencer la repugnancia que por fuerza ha de sentir al contraer relaciones con una de esas mujeres?..... ¿Cómo puede preferir la agitación y zozobra en que vive á los goces apacibles de su hogar y de su familia? ¡Oh! ¡Y llego á creer que Augusto, no sólo los olvida, sino que ya los aborrece! ¡Por eso quiere alejarse de nosotros! ¡Desgraciada de mí, y pobres hijos míos! (Llora.—Pausa.)

ESCENA IX

ANGELA y EMILIO

EMIL. (Después de contemplarla unos instantes. Acercándose lentamente.) (¡Siempre lo mismo!) (Abrazándola.) ¡Madre mía!

ANGELA. (Tratando de disimular.) ¡Hijo de mi alma! (Besándole repetidamente.)

EMIL. (Con dulce reconvención.) ¿Por qué no me quieres?

ANGELA. ¿Qué dices, Emilio? ¿Te has vuelto loco?

EMIL. (Con tristeza.) ¡No, madre mía, no! Repito que no me quieres..... como yo merezco. Me quieres y me tratas como á un niño, y debieras considerar que ya soy un hombre. ¡Sí, madre de mi alma! Esa misma sonrisa que veo ahora en tus labios delata tu pensamiento y confirma lo que digo. Pero si reflexionas un momento sobre mi carácter, mis sentimientos y hasta mis costumbres, no podrás menos de reconocer que hace tiempo que he dejado de ser un niño.

ANGELA. Demasiado lo veo y lo siento. Sí, Emilio. Me apena ver la vida que haces, tan impropia de tus años. Y ya que de esto hablamos, aprovecho la oportunidad para suplicarte que te distraigas y te diviertas. Puedes muy bien ser juicioso y formal sin privarte de los recreos propios de la juventud. Antes salías á caballo; ibas

de caza; te reunías con algunos amigos..... Ahora, siempre solo y pensativo, ó bien con los libros ó la pluma entregándote horas y horas al estudio.

EMIL. Es mi mayor placer. Sólo así consigo distraerme de la tristeza que me produce ver..... lo que tú harto sabes. (Con arranque y ternura.) Dime, madre mía, ¿por qué me privas del dulce placer de compartir tus penas?

ANGELA. Si yo, como crees, las tuviera, me sentiría consolada con tu cariño.

EMIL. Veo que no quieres entenderme y respeto tu voluntad, aunque sé demasiado bien lo que me callas. ¡Hay por ahí tantos que gozan con decírmelo!..... ¡Pero siquiera, ya que no puedo otra cosa, te ruego que no olvides que eres para mí lo más amado, lo primero, si no todo lo del mundo!

ANGELA. (Ocultando su emoción al besarle.) ¡Hijo de mi vida!

EMIL. ¡Cuántas veces á mis solas, pensando en ti, lo digo: «¡Qué no haría yo, si de mí dependiese, para devolver á su alma la felicidad perdida!»

ANGELA. ¡Tu imaginación romántica te lleva á exagerar sin darte cuenta de ello!

EMIL. ¡Ojalá fuera así!

ESCENA X

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. Don Pablo Ros, el notario, pregunta si está el señor, ó si ha dejado dicho cuándo volverá.

ANGELA. (¡El notario!.....) (Pausa.) Dile que pase. (Vase el criado.) Vete, Emilio; déjame á solas con él. (Vase Emilio por la derecha.)

ESCENA XI

ANGELA y PABLO

ANGELA. Algo desagradable voy á saber. Me lo anuncia el corazón. A bien que hace tiempo que no puedo esperar sino noticias desagradables.

PAB. Señora....., estoy á los pies de Ud.

ANGELA. Tome Ud. asiento.

PAB. (Sentándose.) Mil gracias.

ANGELA. He hecho á Ud. pasar, porque acaso mi marido tarde mucho en venir; y si lo que Ud. ha de decirle es urgente, yo trataría de hacérselo saber.

PAB. Verdaderamente convendría decírselo lo más pronto posible.

ANGELA. ¿De qué se trata?

PAB. Del hotel de la Castellana.

ANGELA. Usted dirá.

PAB. Como sabrá Ud., estaba convenido que la compra se haría pagando la mitad al contado, y.....

ANGELA. ¿Cuánto ha dicho Ud. al contado?

PAB. La mitad: ciento noventa y cinco mil pesetas. Y la otra mitad, á los seis meses.

ANGELA. ¿Y bien?.....

PAB. Y ahora piden el total al contado, rebajando de la segunda mitad el diez por ciento. Esto no deja de ser una informalidad; pero si D. Augusto puede satisfacer la suma total ahora, ganaba esa rebaja que ofrecen.

ANGELA. ¿Y cree Ud. que así y todo, es un buen negocio?

PAB. ¡Soberbio! ¡Magnífico! ¿Usted sabe lo que sólo en muebles y objetos de arte contiene el hotel? Con decir que es de esa mujer.....

ANGELA. ¿Quién?

PAB. ¡Ah! ¿No sabe Ud.?..... No es extraño que Ud. lo ignore. Una dama honesta y virtuosa como Ud. es natural que nada sepa de esas mujeres. La

dueña del regio hotel que su marido va á adquirir es la Elvira: una aventurera célebre por su belleza y..... sus fastuosas locuras.

ANGELA. (¡Bien temía yo!.....) (Fingiendo malicia.) Según eso, ¿Ud. la conoce mucho?

PAB. (Confuso.) ¿Quién?..... ¿Yo? ¿Señora, á mis años? Unicamente la conozco desde que su marido de usted me ha encargado de la compra de esa finca y de la formalización de la escritura.

ANGELA. Lo que me extraña es que esa mujer lo alquilase con muebles y objetos de arte.

PAB. No es eso, señora. Ese hotel fué construído para ella y como ella quiso. (Con malicia.) ¡Ya comprende Ud.!..... Fué un regalo de uno de tantos locos á quienes ella ha arruinado.

ANGELA. Adelante.

PAB. Después, ella misma también lo amuebló y alhajó á su capricho, y durante dos ó tres años ha acumulado allí maravillas. Pero como esas mujeres hoy tienen un millón y mañana deben dos, se ha visto obligada á hipotecarlo. Y los usureros que han prestado el dinero son los que ahora lo venden. Pero para Uds. resulta un soberbio negocio, porque bien puede asegurarse que vale todo ello cuatro ó cinco veces más de lo que ustedes dan. (Entran Augusto y Luis.) Además, yo creo que.....

ESCENA XII

DICHOS y AUGUSTO y LUIS

AUG. (¡Ese majadero todo lo habrá charlado!)

LUIS. (A Angela.) ¿Cómo sigue Ud.?

AUG. (Aparte á Pablo.) (¿Qué ocurre?) (Pablo contesta bajo.) Bueno, bueno. Venga Ud.

PAB. (A Angela.) Servidor de Ud., señora.

ANGELA. Beso á Ud. la mano.

AUG. (Dándole á Angela un estuche.) Toma; ahora verás por qué tenía tanto empeño en salir. (Vase con Pablo por la izquierda.)

ESCENA XIII

LUIS y ANGELA

ANGELA. (Con amargura sin abrir el estuche.) (¡Así piensa indemnizarme!)

LUIS. ¿Qué tiene Ud., Angela? Está Ud. preocupada. No lo niegue.

ANGELA. Sería inútil negarlo.

LUIS. Y además, negármelo á mí, que la quiero como á una hermana, con toda mi alma, sería ofenderme.

ANGELA. ¡Ah! ¡Si yo pudiera creerlo! ¡Si fuese Ud. tan amigo como dice!.....

LUIS. ¿Puede Ud. dudarlo? ¿Qué quiere Ud. que haga para demostrárselo? De antemano me comprometo á todo.

ANGELA. Podría Ud. prestarme á mí y á mis hijos y al mismo Augusto, que con el tiempo ha de agradecérselo, un favor inmenso. El mayor de cuantos en mi vida puedo pedirle.

LUIS. ¡Oh! Diga Ud., Angela. Deseo con toda mi alma que ponga Ud. á prueba mi leal y profunda amistad.

ANGELA. Pues bien, no vacilo más. Y ante todo, dígame: ¿es verdad que Augusto piensa marcharse á Italia mañana?

LUIS. (Con viveza.) ¡Qué disparate! ¿Quién ha supuesto semejante cosa?

ANGELA. Pero lo que sí es cierto es que tiene una amante. No trate también de negarlo. Tengo de lo que digo las mayores pruebas. Mis sospechas se han visto confirmadas, primero por unos anónimos que he recibido y después por estas

cartas y estos retratos. (Enseñándolos.) Además, la he visto aquí mismo hace poco. ¡Y cuando Augusto consiente que ella profane esta casa, prueba que está apasionado y loco!..... ¡Ah! ¿Y usted, Luis? Usted ha sido quien se la ha presentado.

LUIS. ¡Oh! No me acuse de una culpa que no merezco. Yo vi á una mujer infeliz, á quien negaban deudas sagradas, y conociendo el talento de Augusto, se la recomendé como á un abogado. ¿Podía yo imaginarme lo que sucede? Pero le prometo que he de procurar con todas mis fuerzas remediar el mal que tan sin voluntad he causado.

ANGELA. ¡Ojalá lo consiga Ud.! ¡Ojalá llegue Ud. á tiempo de impedir que se consume nuestra ruina! Es decir, la de mis pobres hijos; ¡porque yo, perdiendo su cariño, lo he perdido todo!

LUIS. ¡No exagere Ud.! No hable Ud. de ruina.....

ANGELA. Sí, Luis. Tengo también pruebas irrecusables. Pero con ser ese peligro de tan horrible transcendencia, no me entristece tanto como la causa que lo produce. ¡Todos los millones, todas las riquezas de la tierra, las daría yo gustosa por reconquistar su amor! ¡La seguridad de que mi marido tiene una amante me hace sufrir lo indecible! (Llora unos momentos.)

LUIS. ¡Pobre Angela! ¡Harto lo comprendo!

ANGELA. Pero Ud. puede hacer que terminen nuestras desventuras.

LUIS. ¡Yo, Angela! ¿Cómo?

ANGELA. Consiguiendo que mi marido rompa con esa mujer.

LUIS. ¿Cree Ud. formalmente que puedo conseguirlo?

ANGELA. Sí, Luis. Ejerce Ud. de antiguo grandísima influencia sobre Augusto.

LUIS. Aunque así sea, padece Ud. una ilusión si cree que cuando un hombre se apasiona con todas

las fuerzas de su alma, puede decidirse por influencias de amigos á olvidar su pasión. (Con calor creciente.) Cuando se ha dejado crecer y arraigar en el pecho un amor apasionado y loco, no es posible desterrarlo ni extinguirlo sino con la propia vida.

ANGELA. Me espanta Ud., Luis. Entonces ¿debería abandonar toda esperanza?..... ¿Piensa Ud. que Augusto está tan apasionado de esa mujer?

LUIS. (Dominándose y serenándose.) No sé, Angela. Acaso no. Porque no todos los hombres pueden amar así. Pronto lo sabremos. Yo le prometo que sondearé su ánimo para ver hasta qué punto podemos esperar.

ANGELA. Gracias, Luis, gracias. (Dándole la mano con efusión.) ¡En Ud. confío; en Ud. sólo! No lo olvide!

LUIS. (Sin soltar su mano.) ¡Oh, Angela! ¡eso quiero! ¡eso exijo! (Con mucha expresión.) ¡Que se abandone usted á mí ciegamente! ¡Que á nadie más hable ni consulte sobre esto! ¡Que siga Ud. mis indicaciones, y de este modo no dude de que si hay remedio ó salvación, yo he de encontrarlos!

ANGELA. ¡Dios le inspire á Ud.!

LUIS. Y en último extremo, le amenazaré con una separación legal, y la pediremos si es necesario, para salvar los intereses sagrados de sus hijos.

ANGELA. Haga Ud. cuanto pueda para no llegar á ese extremo. ¡Me da miedo y repugnancia!

LUIS. Lo comprendo; pero el deber de una madre es antes que todo. Esperemos, sin embargo, que podré evitarlo. Le prometo luchar con todas mis fuerzas para ello, inspirándome en el profundo cariño que siento hacia Ud..... y sus hijos.

(Entra Augusto.) (Vase Angela.)

ESCENA XIV

AUGUSTO y LUIS

LUIS. ¿Qué tienes, Augusto? Parece que se te ha cambiado el humor.

AUG. Cierto.

LUIS. ¿Por qué causa?

AUG. (Bajando la voz.) Ese..... estúpido de notario acaba de decir á mi mujer que compro el hotel de la Castellana.

LUIS. ¿Y eso te apura?

AUG. Claro está.

LUIS. ¿Tan pobre de ingenio eres, que no se te ocurre cualquier historia con que acallar sus sospechas?

AUG. Si Angela no tuviera ninguna otra, nada más fácil. Pero harto me da á entender hace tiempo, unas veces con sus reticencias y otras veces con sus lágrimas, que conoce mis amores con Elvira.

LUIS. Pero vamos á cuentas: ¿estás decidido á salvar y á devolver su hotel á Elvira, sí ó no?

AUG. ¿Y cómo no, si ya se lo he prometido solemnemente?

LUIS. Pues entonces, conforme te he dicho, no te queda otro recurso que inventar una historia para contársela á tu mujer cuando te pregunte.

AUG. No lo creerá.

LUIS. Lo supongo; pero lo mismo sería aunque fuese cierta. Basta con que sea verosímil.

AUG. Pero con eso no evitaré el altercado ó la discusión borrascosa que ella parece que desea y que yo procuro rehuir hace tiempo. No puedes imaginar lo que me molestan y repugnan esas querellas domésticas.

LUIS. Sé franco: más que por la molestia, rehuyes la discusión, porque temes que con ella, Angela consiga de ti la ruptura de tus relaciones con Elvira.

AUG. Te equivocas de todo en todo. Precisamente el temor de que Angela sepa clara y ciertamente mis amores con Elvira es para mí un freno. El día en que no exista y mi mujer me hable de ello y vea yo que nada tengo que ocultarle, ten la seguridad de que he de entregarme á mis amores más libremente.

LUIS. Me parece que te forjas ilusiones. Que cuentas demasiado con tus fuerzas.

AUG. ¿Qué quieres decir?

LUIS. Desengáñate, Augusto; en esa discusión que tanto temes, tu mujer tiene de su parte la razón y tu conciencia, y por tanto lleva mucho adelantado para vencerte. A menos que no estés por Elvira verdaderamente apasionado. Pero francamente, (Con desdeñoso tono.) me parece que no tienes ni el corazón ni la voluntad que que para eso se necesita. Lo cual, después de todo, te honra. (Con ironía.)

AUG. (Con enojo y desdén.) ¿Y qué sabes tú de lo que hablas? ¿Cuándo y cómo has medido la profundidad de mi amor, para juzgar de su fortaleza?

LUIS. Por lo mismo que no he visto pruebas de él.

AUG. (Como antes.) ¿Y qué mayores puede darlas un hombre como yo, de costumbres hasta hoy intachables y severísimas? ¿Tú sabes acaso los sacrificios de todo género que he debido hacer hasta decidirme á tener públicamente una amante? ¿Tú sabes lo que vale el olvido en que tengo por primera vez de mi vida los deberes de padre y de marido? Pero ¿qué has de saber tú lo que todo esto importa y significa? ¡Tú, que has sido siempre un libertino sin corazón y sin conciencia!.....

LUIS. (Irónico.) ¡Mil gracias! Continúa.

AUG. ¿Pretenderás enseñarme á amar con locura, tú, que en tu vida has hecho otra cosa que fingir y engañar?

LUIS. (Con viveza.) A las mujeres, por supuesto; porque creo que en punto á amistad, no dudarás de que soy capaz de sentirla.

AUG. (Cambiando de tono.) No lo dudo, Luis, no. (Dándole la mano.) Mil veces has probado que eres capaz de exponer tu hacienda y tu vida por el primer amigo que las necesite. Y si yo, en el calor de la conversación, he dicho alguna palabra que te haya molestado, desde ahora te pido mil perdones.

LUIS. No, Augusto; nuestra amistad está por encima del amor propio.

AUG. Por lo demás, cree, como te decía, que tú en amores no puedes ser juez. ¡Cuántas veces, por temor á tus burlas y sarcasmos, no te he hecho confidente de las angustias y de los tormentos que he sufrido hasta aquí!.....

LUIS. Pues no me haces justicia. Y desde ahora para en adelante, te ruego que me consideres como soy, el más decidido y apasionado de tus amigos.

AUG. Te lo prometo, Luis. Y no sabes cuánto lo necesito, porque no tengo confianza en nadie, ni á nadie concedo bastante amistad para interesarle en estos asuntos, siempre ridículos ó enojosos para los extraños. Además, te lo confieso. Estoy como avergonzado, porque sé que todos me censuran que mantenga esas relaciones que en mal hora contraje.

LUIS. ¿Y por qué, si estás arrepentido, no te enmiendas? Aun es tiempo.

AUG. No; te engañas. ¡Ya es tarde! ¡Lo conozco! ¡Esa mujer es y será mi perdición! Se ha apoderado de mí de tal manera, que me domina por completo. No puedo luchar contra ella. ¡Absorbe

todo mi ser: mis sentidos como mi alma! Así comprenderás que nada me arredre; que por nada me detenga. Hasta hace poco he podido luchar y resistir. Ahora ya me he entregado á la impetuosa corriente que me arrastra. (Queda unos momentos cogida la cabeza entre las manos.)

LUIS. Pero ¿cuándo, cómo ha nacido en ti esa pasión?

AUG. ¿Sabe nadie, al contemplar un incendio, cuál ha sido la chispa que lo ha hecho estallar?

LUIS. (Después de una pausa.) ¡Pobre Augusto! ¡Sin embargo de lo mucho que vale el amor de una mujer como Elvira, más eres de compadecer que de envidiar! Pero, dime: ¿y Angela? ¿y tus hijos?

AUG. ¡Oh! ¡Calla, no me hables de ellos! Por huir de su vista y de su presencia acusadoras quiero alejarme, quiero emprender ese viaje á Italia.

LUIS. Creo que será muy cuerdo si no te encuentras con alientos para dejar de verla, tanto más cuanto que Elvira no sueña en otra cosa desde que se lo ofreciste. Y ahora, antes de separarnos, voy á decirte algo que había prometido callarte. (Va hacia la derecha, mira un momento por allí y vuelve diciendo con misterio.) Angela no sólo sabe que tienes una amante, sino que dice que la ha visto aquí hace poco.

AUG. ¿Y cómo sabe que es?.....

LUIS. Por unos retratos de Elvira dedicados á ti que Angela tiene en su poder.

AUG. ¿Estás seguro? (Aturdido y asombrado.)

LUIS. Acaba de enseñármelos junto con varias cartas que Elvira te ha escrito.

AUG. ¿Será verdad? Pero ¿cómo ha podido?..... (Lleno de furor y de asombro abre la papelera con una llave que lleva en la cadena del reloj, en el extremo opuesto de éste. Saca el cofrecito.) ¡Abierto! (Registrando el fondo.) ¡Vacío! (Con tono y gesto amenazador.) ¡Oh! ¡Se ha atrevido á cometer tal bajeza!.....

LUIS. ¡No te exaltes, Augusto! Y, créeme, disimula y apresura tu viaje á Italia cuanto puedas, pero sin anunciarlo á Angela hasta el último momento. Es la única manera de evitarte discusiones y escenas violentas.

AUG. Tienes razón. (Transición.) ¡Ya lo ves! Ella misma me decide y me impulsa.

LUIS. Ea, adiós, hasta luego. Te espero en el Club. Vé y comeremos juntos. (Le da la mano.) (No hay duda, partirá!) (Vase por la derecha.)

ESCENA XV

AUGUSTO

¡Todo lo sabe ya! ¡Ella lo ha querido! (Con tono sombrío.) ¡Tanto peor para ella!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala de confianza elegantísimamente amueblada: una puerta al foro y otra á cada lado.

ESCENA PRIMERA

ANGELA.—Luego TERESA

TER. ¿Qué significa lo que aquí me escribes, querida Angela? (Besándola cariñosamente.) En cuanto he leído tu carta, me he apresurado á venir.

ANGELA. Gracias, Teresa. Perdona que te haya molestado; pero como te has ofrecido á interponer tu influencia con tu hermano el día en que yo la considerase necesaria, no he vacilado en dirigirme á ti. Quiero emplearla como último término de conciliación antes de romper con él para siempre.

TER. Estoy dispuesta á hacer cuanto juzgues necesario. Y bien puedes agradecérmelo, porque, á la verdad, el mediar entre marido y mujer es peligroso. Pero es menester que me digas ante todo lo que sabes, lo que te propones, y lo que esperas y deseas de mí.

ANGELA. (Nerviosa y agitada.) Sé que Augusto mantiene una amante; que está arruinando á mis hijos por ella, y sé, por último, que los dos proyectan marcharse mañana á Italia.

TER. Si estuvieses en otra disposición de ánimo, te aconsejaría que no te opusieras á su viaje, en la completa seguridad de que dentro de poco tiempo volvería Augusto hastiado de esa mujer y curado por sí mismo de su loca pasión. Porque las mujeres de esa clase, por habilidad y experiencia que tengan, no pueden menos de descubrir á los ojos de un hombre de las excepcionales condiciones de Augusto, viviendo á su lado las veinticuatro horas del día, mil defectos de educación y de carácter que no se han observado antes. Y entonces inevitablemente se hace la comparación, y cae la venda, y se deshace el encanto.

ANGELA. Quizás tengas razón, Teresa; pero bien comprendes que no puedo resignarme á soportar voluntariamente esa prueba. La idea de que tiene con esa mujer iguales,—¿qué digo?—mayores consideraciones que conmigo; la idea sobre todo de que le concede á ella el amor que á mí me mostraba y el cariño y la fortuna de mis hijos, no me deja una hora de calma ni sosiego. Temo enloquecer: ¡te lo juro! Porque sobre todo desde que la conozco, desde que la he visto, no dejo de contemplarla ni un momento: ha quedado grabada su imagen aquí dentro de mis ojos de una manera imborrable. ¡Oh! ¡no puedo resistir más tal suma de tormentos físicos y morales! Es preciso tomar una resolución decisiva, que es la que voy á decirte, y deseo que tú le transmitas. ¡O rompe hoy mismo y para siempre con esa mujer, ó me separo de él para toda la vida!

TER. ¡No digas eso! No lo repitas ni lo pienses, Angela. Eso es una locura que llorarías después amargamente por ti y por tus hijos.

ANGELA. ¡Estoy decidida!

TER. ¡No puede ser! ¡Mira, oye! ¡Ven acá! (Tomándole

una mano y con mucho cariño.) Angela, tú estás ahora con harto motivo exaltada. Tú no puedes ahora tomar resoluciones. Quiero que antes desahogues en mi pecho la pena que acongoja el tuyo. Quiero, en una palabra, verte tal como eres: buena y dulce. Llora, Angela, llora en mi seno como en el de una hermana. (Angela la abraza y llora silenciosamente.) Sufres mucho, ¿verdad?

ANGELA. (Llorando.) ¡Oh! ¡Creo que no se puede soportar más sufrimiento sin morir!

TER. ¡Ay, hija mía! ¡Qué poco sabes todo lo que puede sufrirse!

ANGELA. ¿Puede haber pena mayor que la mía?..... ¡Cuando recuerdo el pasado y lo comparo con el presente, se me parte el corazón! ¡Porque, á despecho de las infidelidades y traiciones de Augusto, le amo como el día en que nos casamos! ¡Digo mal: muchísimo más! ¡Porque ahora, no sólo es el hombre elegido de mi corazón, sino el padre de mis idolatrados hijos! (Llora.—Pausa.)

TER. (Acariciándola conmovida.) ¡Pobrecilla!

ANGELA. ¡Pero de qué me sirve amarle tanto, si huye constantemente de mí, de esta casa y hasta de sus propios hijos, antes tan amados y hoy tan aborrecidos!

TER. No lo creas, Angela, no lo creas. Tú no conoces el mundo ni los hombres. No huye de ti ni de tus hijos por falta de cariño, ni por antipatía. Es que trata de huir de sí propio; de su misma conciencia, que, hallándose aquí en terreno firme, le acusa con mayor fuerza y le hostiga para que vuelva al buen camino. ¡Lastimada y herida como estás, no puedes verlo tan claramente como yo!

ANGELA. Pero tú tampoco puedes negar que el hecho es cierto, y que exige esta situación, violenta para todos, un remedio eficaz y pronto. No puedes

exigirme tú ni nadie que yo muera en lenta y atroz agonía.

TER. De ninguna manera lo pretendo; pero lo que sí te exige tu deber es que antes de acudir á esa separación de que hablabas agotes todos los medios posibles para persuadir y atraer á tu marido.

ANGELA. ¿Qué medios hay? Yo no los veo.

TER. ¿Que no los ves?..... Consulta á tu corazón, y él te los dirá. Que en cuestiones en que se trata sólo de cariño, debe ser el corazón el primero, si no el único, consultado. No olvides nunca que no hay nada tan simpático y atractivo como la bondad. Sí, verdaderamente me maravilla que tú lo hayas olvidado y se te haya podido ocurrir la idea de una separación. ¿No comprendes, no ves que tú no podrías vivir separada de él?

ANGELA. ¡Oh! ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Me moriría!

TER. ¿Te ha sugerido esa idea, te ha aconsejado alguien ese paso?

ANGELA. Unicamente he hablado de ello con Luis.

TER. (Con viveza.) ¡Ah! ¡Luis!

ANGELA. Sí.

TER. ¿Y cómo ha sido? ¿Qué habéis hablado? Cuéntamelo todo con la mayor exactitud posible.

ANGELA. Esta tarde, después de marcharte tú, llegó él con Augusto, al tiempo, precisamente, que nuestro notario me enteraba de que tu hermano trata de comprar el hotel en que vive y que tiene empeñado esa aventurera, para regalárselo, sin duda. Quedamos Luis y yo unos instantes solos. Le pregunté si era cierto que Augusto pensaba marcharse á Italia, lo cual me negó rotundamente.

TER. ¡Ah! ¿Lo negó?..... Continúa.

ANGELA. Después le rogué en nombre de nuestra amistad que hiciera romper á Augusto sus relaciones con esa mujer por cualquier medio; y aun

cuando trató, como era consiguiente, de negarlas, concluyó ofreciendo que haría todo lo posible por complacerme, y que en el caso de no lograrlo, él me ayudaría á conseguir una separación que evitase la ruina de mis hijos.

TER. ¿Lo ves? ¡Ya decía yo que no era idea tuya! ¿Luego no ha sido Luis quien te ha dado á conocer ésos amores de Augusto?

ANGELA. Nada de eso; al contrario. Los ha negado en un principio, como te he dicho.

TER. Pues entonces, ¿quién ha sido?

ANGELA. Mi corazón, primero.

TER. (Con ironía.) ¿Tu corazón? ¿Y él te ha dicho también el nombre y las señas de esa mujer?

ANGELA. Esas noticias y muchas otras las he recibido por unos anónimos.

TER. ¡Ah! ¿Sí? ¿Y por qué has tardado tanto tiempo en decírmelo? — ¿Tienes ahí alguno?

ANGELA. Sí, todos. Los tres. Mira. (Se los da.)

TER. (Con afán.) ¡A ver, á ver! Trae. (Lee rápidamente y dice entretanto.) ¡Justo! ¡Eso es! ¡No cabe duda! ¡Bien claro se ve!

ÁNGELA. ¿Qué murmuras? ¿Sospechas quizás quién me los ha dirigido?

TER. ¿Y te ha enviado la llave de ese mueble? (Angela afirma.) ¡Qué canalla! ¿Y tú habrás abierto el cofrecito? (Angela repite el movimiento algo cortada.) Has hecho mal, pero yo hubiera hecho lo mismo. ¿Ni qué mujer hubiera resistido á la tentación? Y, por supuesto, ¿lo habrás visto y leído todo, cartas, retratos, etc., etc.? (Ángela como antes.) Pues bien: ya que no cabe disimulo ni atenuación, voy á decirte lo que creo que debes hacer. En primer lugar, pedir á Augusto esta misma noche que difiera al menos su viaje por unos días. El que gana tiempo acaba por ganarlo todo. De seguro tu corazón y tu amor te harán hablar con elocuencia y al alma. Mira, si se

presta la ocasión, haz que Emilio una sus ruegos á los tuyos. Siempre Augusto le ha querido mucho. Ahora me voy; antes de que Augusto nos vea hablando, y se imagine que obro por sugestiones tuyas. Dentro de un rato volveré, y en cuanto me cuentes lo que haya pasado, si veo que es preciso, le hablaré. ¡Y te aseguro que, si llega ese caso, quedará satisfecho! (Da unos pasos para marcharse y vuelve.) ¡Ah! Se me olvidaba encargarte una cosa con mucho interés: que en adelante no le cuentes á Luis nada de cuanto hables con Augusto, ni de lo que pienses, ni de lo que sientas, ni de lo que hagas..... ¡En fin, de nada!

ÁNGELA. Pero ¿por qué, Teresa.....? ¡Me sorprende y hasta me asusta lo que dices! ¿Crees tal vez que Luis es mi enemigo?

TER. El mayor de todos. Conque, adiós, y hasta luego.

ÁNGELA. (¡Ah! ¿Será verdad?) (Que se ha quedado unos instantes pensativa y preocupada, corre á detener á Teresa, diciendo con viveza.) ¡Dime, Teresa, dime!.....

TER. Ya te lo he dicho todo. Adiós.

ÁNGELA. ¡Una cosa, tan sólo una! ¿Sospechas que es Luis el autor de esos anónimos?

TER. (Después de unos momentos.) ¡Si yo estuviera en lugar tuyo, poco trabajo me costaría hacérselo confesar! (Vase por el foro.)

ÁNGELA. ¿De veras?..... ¡Jesús! (Pausa.)

ESCENA II

ÁNGELA

¿Qué ha dicho.....? ¿Luis.....? ¡Oh! ¡No puede ser! (Pausa.) Verdad que sólo una persona muy íntima amiga de Augusto puede haberse procurado esa llave y saber cuanto en estos anónimos

me dicen, y cierto también que sólo quien me conozca profundamente es capaz de escribirme como aquí lo hacen. (Pausa.) Pero..... (Lentamente y reflexionando mucho lo que va diciendo.) ¿qué objeto se propondría al cometer semejante indignidad con un amigo del alma?..... Porque estas cartas, que me han descubierto y probado las traiciones de Augusto, bien se ve que están escritas para hacérmelo odioso. Pues si esto es así, ¿qué móvil impulsaría á Luis? (Pausa.—De repente.) ¡Oh! ¡No! ¡No puede ser! ¡Teresa se engaña! ¡Le calumnia!..... Pero ¿y si acertase?..... ¡Siento un miedo horrible cuando pienso que puede ser verdad lo que imagino! Él, tan bueno, tan caballeroso...., ¿sería capaz de.....? ¡Oh, no! ¡No quiero creerlo! ¡Lejos de mí semejante sospecha! Pero..... ¡Dios mío! ¡Iluminad mi entendimiento! ¿Por qué á despecho de mi voluntad de defenderle oigo aquí dentro una voz que le acusa?.....

CRIADO. (Por el foro anunciando.) Don Luis.

ANGELA. ¿Qué? ¡Oh! ¡No puedo verle ahora! (Con viva agitación.) ¡Necesito serenarme! Pero es preciso cuanto antes disipar mis dudas. Dígale que pase y que aguarde aquí un momento. (Vase por la derecha apresuradamente.)

ESCENA III

LUIS por el foro, precedido del CRIADO, que en seguida se va.

LUIS. ¿Por qué he de conmoverme tanto? ¡De poco tiempo á esta parte, cada vez que la hablo á solas, y sobre todo aquí en esta habitación suya, en donde todo la recuerda y la retrata, siento debilitarse mis propósitos de reserva y disimulo! ¡Es ridículo el dominio que ha llegado á tener este ardiente amor sobre mi alma! Yo debía

ejecutar mi plan. No descubrirme hasta que Augusto esté lejos y en brazos de su amante. Pero ¿podré dominarme?..... ¡Si la quiero tanto! ¡Si estoy loco! ¡Si no me basta ya amarla! ¡Si necesito decírselo! Procurarme el placer de que pronuncien mis labios esa dulcísima confesión, aunque sea para morir después..... ¡Oh, no, no! ¡Todavía no! ¡Voy á perderme y á perder el fruto de tanto tiempo de constancia y de sacrificio! (Pausa.) ¡Oh! ¡Qué horrible tormento! ¡Parece mentira! ¡Ser la víctima yo, que he sido siempre verdugo! (Sale Angela.) (¡Ella!)

ESCENA IV

LUIS y ANGELA

ANGELA. (Dándole la mano.) Buenas noches, Luis.

LUIS. A los pies de Ud., Angela. ¿Y esos querubines?

ANGELA. Acaban de acostarse, y por cierto que llorando, porque es la tercera noche que se acuestan sin ver á su padre, que las tiene por completo olvidadas.

LUIS. ¡Parece imposible que así desdeñe Augusto la ventura más hermosa que puede alcanzarse en la tierra! ¡Diez años de mi vida daría yo por gozarla uno tan sólo!

ANGELA. ¡Qué pronto se arrepentiría Ud. si fuese posible que se realizase ese deseo!

LUIS. (Con expresión.) ¡Cuánto se engaña Ud., Angela!

ANGELA. Usted más pronto que otros había de cansarse.

LUIS. ¿Por qué? ¿Acaso porque ha oído Ud. decir á algún necio que soy un libertino sin corazón? Usted sabe lo falso de ese dicho.

ANGELA. ¿Yo? (Sorprendida.)

LUIS. Sí; porque si fuese cierta esa estúpida afirmación, lejos de encontrar vituperable la conducta

de Augusto, le disculparía y le animaría á perseverar en ella. Y bien sabe Ud. cuánto le acrimino y cuánto lucho y he de luchar contra él y en favor de ustedes.

ANGELA. Por desgracia, ya no tendrá Ud. ocasión de hacerlo.

LUIS. ¿Por qué?

ANGELA. Porque se va.

LUIS. ¿Augusto?..... ¿Adónde?

ANGELA. A Italia, según él mismo ha dicho.

LUIS. (¡Qué necio!) Y..... ¿cuándo se va?

ANGELA. Mañana, según creo. ¿Lo ignoraba Ud.?

LUIS. Ciertamente.

ANGELA. Y dígame Ud.: ¿no podría yo impedir su viaje?

LUIS. ¿De qué modo?

ANGELA. Legalmente. Probando que abandona á su familia por irse con su amante.

LUIS. ¿No comprende Ud. que es imposible probarlo? Por el medio que Ud. indica, no es dable impedir su viaje.

ANGELA. ¿Y qué recurso dejan las leyes á una mujer contra un marido que así procede? (Luis hace un gesto.) ¡Ah! ¡Qué injustas y despiadadas son para nosotras las leyes! ¡Cómo han sabido ustedes, llamándonos libres, dejarnos esclavas! (Pausa.) ¿De modo, Luis, que no ve Ud. esperanza de salvación?

LUIS. Tal vez logre disuadirle.

ANGELA. ¡El plazo es tan breve!

LUIS. No importa; lo intentaré. Además, nos queda otro recurso.

ANGELA. ¿Cuál?

LUIS. Detenerla á ella.

ANGELA. ¿Cómo?

LUIS. Si no puede ser por otro medio, ofreciéndola una buena suma.

ANGELA. Pues cuente Ud. con lo que sea necesario. No vacile Ud.: exija lo que exija.

LUIS. Pero le aconsejo que no haga nada absolutamente para detener á Augusto. Sería irritarle y precipitar su marcha, y acaso entonces se malograría nuestro plan.

ANGELA. Yo había pensado pedirle una entrevista esta noche para rogarle que desistiese del viaje.

LUIS. (Con viveza.) ¡No, Angela, no! ¡De ninguna manera! Conozco demasiado el carácter de Augusto y la disposición actual de su ánimo para saber que lo que Ud. se propone sería, no sólo inútil, sino perjudicial.

ANGELA. ¿Así, pues, las únicas armas que podemos emplear están en manos de Ud.?

LUIS. (Con expresión.) Espero demostrarle en breve que sé esgrimirlas cuando el bien de Ud. lo exige.

ANGELA. (¿Hablará de veras? ¡Pronto lo sabré!) ¡Oh! Crea usted que algunas veces, cansada de esta sorda é incesante lucha, se exalta mi imaginación y se enardece mi amor propio hasta tal punto, que llego á dudar de si es amor ó es odio lo que siento por Augusto.

LUIS. (Con expresión de alegría.) (¡Oh! ¿qué dice?)

ANGELA. Y siento alzarse dentro de mí, absorbiendo á todos los demás, el deseo ardiente de vengarme.

LUIS. ¡Oh! Lo comprendo. ¡Cuando una mujer como usted es tan indignamente ofendida, no puede menos de querer castigar al hombre que ultraja su dignidad y que desprecia su amor, su belleza y hasta su virtud, por una miserable meretriz!

ANGELA. (¡Teresa tenía razón. Ese hombre es un infame!) Pero ¿usted cree que Augusto la ama?

LUIS. Ya es imposible negárselo á Ud.

ANGELA. ¿Y no cree Ud. que tan cruel deslealtad me autoriza á mí á todo?

LUIS. (Con arrebato.) ¡Sí, Angela, á todo! Nadie se atrevería á culparla.

ANGELA. ¡Oh! No tengo otro resentimiento con Ud., sino

el de que no me haya abierto los ojos y revelado la verdad antes de ahora. No le perdonaré nunca el tiempo que me ha tenido Ud. engañada. ¿Por qué no me lo ha hecho Ud. saber antes directa ó indirectamente, si es Ud. tan amigo mío como supone?

LUIS. (¿Hablará de veras?) ¿Cómo me había de atrever á decírselo, si no lo hubiera Ud. creído? ¿Si siempre la he visto á Ud. tan ciegamente enamorada de Augusto?

ANGELA. (¡Aun disimula! ¡Yo le obligaré á descubrirse!) Si es verdad que Ud. me quiere tanto como dice.....

LUIS. (Con calor.) ¡Oh, mucho más de lo que digo!

ANGELA. Debía Ud. habérmelo revelado todo, para evitar que luego sufriese lo que he sufrido al saberlo. Pero..... (Con amarga ironía.) ¿qué les importa á ustedes que una pobre mujer sea burlada?..... Lo noble, lo generoso, es encubrir al marido.

LUIS. ¡Oh! ¡No diga Ud. eso, Angela! ¡No sea Ud. tan injusta conmigo!

ANGELA. (Como antes.) Su conducta de Ud. lo prueba. ¡Y luego, en cambio, si esa mujer, herida en lo más hondo del alma, se siente desfallecer y coge instintivamente una mano que le tienden....., entonces todos á coro la maldicen y la insultan!

LUIS. (Con arrebato.) ¡Oh, no, Angela! No suponga usted eso de mí, ni por un instante.

ANGELA. ¿Por qué no?

LUIS. (Como antes.) ¡Oh! ¡No me interrogue Ud.!

ANGELA. ¿Por qué?

LUIS. Por que tengo miedo de hablar. Porque está usted hostigando con sus palabras, un sentimiento poderoso y profundo contra el cual lucho en vano hace tiempo. Porque al verme, como ahora, cerca de Ud., bajo la influencia de sus palabras, de sus miradas y hasta de sus lágrimas, me siento arrastrado irresistiblemente por el

deseo de decirla: ¡Angela! ¡La amo á Ud. como un insensato!

ANGELA. (Gritando.) ¡Ah! ¡Por fin le arranqué la máscara para siempre! (Con infinito desprecio.) ¡Miserable!

LUIS. (Murmurante, con ardiente súplica.) ¡Perdón, Angela, perdón!

ANGELA. ¡Así ha vendido Ud. traidoramente á un hombre que se confiaba á su lealtad!....

LUIS. ¡Oh, perdón! (Cruzando las manos con desesperación.)

ANGELA. ¡A quien llama Ud. hermano!

LUIS. ¡Oh! Usted no sabe, ni yo mismo lo presumía, el poder que ejerce sobre mí este ardiente amor que Ud. me inspira, avivado todavía más por sus desgracias!

ANGELA. Y Ud., sólo Ud. es el verdadero autor de mis desdichas. Ahora veo disiparse las tinieblas y brillar la luz. Sí; usted es de seguro quien ha inducido á Augusto á olvidar sus deberes y nuestro santo amor. ¡Usted es quien me ha escrito también estos infames anónimos! ¡Confiéselo usted!

LUIS. ¡Yo confesaré cuanto Ud. quiera, porque por usted soy capaz de todos los crímenes!

ANGELA. ¡Oh, qué vil! ¡Y lo confiesa!

LUIS. ¡Por Dios, Angela, compadézcame Ud.! ¡No sabe usted los tormentos que he sufrido años enteros, ahogando la voz de mi pasión! ¡Si Augusto hubiera seguido amando á Ud., yo habría rechazado hasta morir los impulsos de mi loco cariño!

ANGELA. ¡Oh! ¡Calle Ud., calle!

LUIS. Pero al verla á Ud. menospreciada, llorando y sufriendo, ha estallado con más fuerza que nunca el amor que por Ud. arde en mi pecho.

ANGELA. (Con orgullo.) ¿Y qué creía Ud.? ¿Qué se había atrevido á esperar de una mujer honrada?

LUIS. Piense Ud., Angela, que Augusto no la ama ni la amará ya nunca. ¡Que esta hechizado y loco por otra mujer!

ANGELA. Pues bien, oiga Ud., y no olvide lo que voy á decirle. (Con mucha expresión.) ¡Haga lo que haga Augusto, siempre será, como ha sido, mi solo, mi único amor! ¡Y haga Ud. lo que haga, será usted por mí despreciado y aborrecido!

LUIS. ¡Oh, Angela! ¡Qué cruel!

ANGELA. ¡Sí, sépalo Ud. para su eterno castigo! ¡Y sepa también que estoy resuelta á decir á Augusto todo cuanto sea necesario para que le arroje de esta casa, que deshonra con su presencia. (Se dirige hácia la derecha.)

LUIS. (Fuera de sí, y deteniéndola con un gesto.) ¡Angela, no sabe usted lo que ha hecho! Algún día se arrepentirá Ud. de su crueldad conmigo.

ANGELA. ¡Nunca! ¡Jamás! (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

LUIS

¡Oh! (Con íra y desesperación.) ¡Harto lo temía! ¡He dejado escapar mi secreto! ¡Mi insensata pasión me ha perdido! ¡Pero no! ¡Aun puedo esperar si consigo que mi entendimiento se sobreponga á mi corazón! ¡Todavía tengo á Augusto en mi poder! ¡Y si al cabo no logro satisfacer mi pasión, satisfaré mi venganza! (Toca un timbre.) ¡Pero es preciso adelantarse á Angela! Si yo hablo á Augusto antes que ella, nada temo. (A un criado que se presenta.) ¿Ha venido el señor?

CRIADO. Hace un momento que ha llegado.

LUIS. ¿Estará en su despacho?

ESCENA VIII

LUIS y AUGUSTO por el foro.

AUG. Aquí estoy. ¿Qué me quieres? (Vase el criado.)

LUIS. (¡Oh! ¡Me he salvado!) (En voz baja á Augusto.) Darte cuenta de una conversación muy interesante que acabo de tener con Angela.

AUG. (Con interés y bajo también.) ¿Ha sido acerca de mi viaje? ¿Lo sabe?

LUIS. Sí. Dice que por ti mismo.

AUG. ¡Falso! Yo no le he dicho una palabra.

LUIS. Escucha, porque urge que sepas cuanto ella y yo hemos hablado. Como sospecha que haces el viaje con Elvira, me ha suplicado que á toda costa te impidiera verificarlo, valiéndome, si fuese preciso, de la ley.

AUG. (Con desprecio.) ¡Qué estupidez!

LUIS. Le he hecho comprender lo descabellado de su propósito. Entonces me ha pedido que aceptase la comisión de ofrecer á Elvira todo el dinero que exigiera para abandonarte.

AUG. (Con furor comprimido.) Pero ¿qué se ha llegado á figurar?.....

LUIS. (Interrumpiéndole y con vivacidad.) ¡Oye, oye! Le he contestado todo lo que tú puedes suponer, defendiendo á Elvira, á quien tan injustamente culpaba. Y entonces, sea porque yo le cerraba todos los caminos de lograr sus propósitos, ó sea por el calor con que he disculpado á Elvira, ha empezado á decir que yo soy quien tiene la culpa de vuestras relaciones: que te he separado de ella y de tus hijos, incitándote á esos amores y protegiéndolos. Y que al propio tiempo te hacía traición, puesto que yo le había escrito unos anónimos enterándola de todo para desuniros. ¿Puede darse mayor absurdo?

AUG. Sí hay momentos en que creo que ha perdido el juicio.

LUIS. Y, por último, de una manera descompuesta y arrebatada, ha concluído jurando que no parará hasta conseguir que me arrojes de tu casa.

AUG. ¿Yo?..... ¡Bah! ¡No hagas caso!

LUIS. ¡Oh, no creas que me haya ofendido! Por supuesto, que á falta de otro recurso, es de presumir el que empleará para tratar de enemistarme contigo. ¿No adivinas?

AUG. No: ¿cuál? (Angela aparece por la derecha.)

LUIS. El que se usa en los dramas, y sobre todo en las comedias: (Riendo.) decir al marido que su amigo le hace la corte.

ESCENA IX

DICHOS y ANGELA

ANGELA. (Se adelanta rápidamente hasta ponerse enfrente de Luis, y con voz trémula de indignación, le dice:) Es Ud. lo último que puede ser un hombre: ¡cobarde!

LUIS. ¡Señora! (Conteniendo su furor.)

ANGELA. (Con rapidez.) Sí; lo repito: ¡un cobarde! ¡Porque sólo por evitar el castigo que Augusto había de imponer al amigo infame y desleal que trata de robarle su honor, se ha apresurado á ponerle en guardia contra mí!

LUIS. (Iracundo.) ¡Oféndeme, Augusto, repitiendo no más esa palabra con que tu mujer me ha injuriado, para que yo pueda ahora mismo lavar en ti la afrenta que me ha hecho!

AUG. (Con calma y solemnidad.—A Angela.) Piensa bien antes de contestarme lo que vas á decir. (Pausa.) ¡Si repites, si mantienes la acusación que acabas de hacer contra Luis, antes de que luzca el sol, uno de los dos habrá dejado de existir! ¡Te lo prometo por mi honor!

ANGELA. (Llena de terror, arrojándose llorando en brazos de Augusto.) ¡Ah! ¡no, Augusto, no! ¡Olvida todo lo que he dicho! ¡No quiero que te batas! ¡Pero te lo ruego, Augusto mío! ¡Haz que nunca vuelva á ver á ese hombre, que es de seguro el causante de todas mis desventuras! ¡Líbrame para siem-

pre de su vista, que me repugna! ¡De su presencia, que me es odiosa! (Augusto va á hablar.)

LUIS. (Haciendo un ademán á Augusto.) No hace falta que Augusto me arroje de su casa. Bástame saber que Ud. lo desea, para que yo me vaya. ¡Sabe Augusto, porque de ello tiene mil pruebas, que más que un amigo, es para mí un hermano; pero le juro que no he de volver aquí, hasta que él mismo me obligue á venir! (Saluda gravemente y se dirige á la puerta del foro.)

AUG. (Se separa de Angela, y se acerca á Luis, diciéndole aparte.) (No te enojes. Ahora le diré lo que hace al caso. Espérame en el Club, que en seguida voy.) (Vase Luis por el foro.)

ESCENA X

ANGELA y AUGUSTO

ANGELA. Te niegas á creer que ese hombre es indigno de tu amistad: se comprende, porque tú eres un hombre honrado. Mis acusaciones contra él las crees hijas de mis celos, sobre todo después de vuestra conversación, en la cual te habrá prevenido contra mí. Pero conservo, por fortuna, un medio de demostrarte clara y rotundamente que ese hombre hace traición á la ciega amistad que le profesas.

AUG. (Con aspereza.) Bien: acaba. ¿Esa prueba?

ANGELA. Aqui está. (Entregándole dos cartas que Augusto lee con ligereza.) Lee con atención, y dime si no es evidente que él ha escrito esos infames anónimos. Dime si puede ser otro el autor.

AUG. (Rasgando las cartas y arrojando los pedazos lejos de sí con orgullo y desprecio.) Tu odio te ofusca. La letra y la redacción, todo convence de que esos anónimos los ha escrito una mujer.

ANGELA. (Con desesperación.) ¡Ah! ¡Está ciego, y yo estoy perdida!

AUG. (Fríamente.) Ya has visto hace poco la manera con que me disponía á sostener tus acusaciones, si en ellas insistías. Pero una vez que no se trata de esto, debo y quiero advertirte que te prohibo el dirigirle el menor insulto, ni hacerle el menor desaire. (Se dirige hacia el foro.)

ANGELA. ¡No te vayas aún! Tenemos que hablar. (Con arranque y firmeza.)

AUG. ¿De qué? (Sin retroceder y con frialdad.)

ANGELA. (Como antes.) De un asunto gravísimo que no sólo nos interesa á ti y á mí, sino á nuestros hijos. Hazme el favor, pues, de escucharme un momento. Me propongo ser muy breve.

AUG. (Volviendo al proscenio después de vacilar.—Fríamente.—Sin mirarla.) Ya te escucho.

ANGELA. (Después de una pausa en que hace esfuerzos por conservar su serenidad.) ¿Es verdad que..... piensas salir mañana para Italia?

AUG. ¡Sí! (Como antes.)

ANGELA. ¿Y.... ese propósito es..... inquebrantable?

AUG. ¡Inquebrantable!

ANGELA. Pues entonces, te pido que lleves á Emilio contigo.

AUG. No puede ser.

ANGELA. ¿Quieres hacerme el favor de decirme por qué?

AUG. (Después de unos momentos.) Porque como voy á negocios, y no sé yo mismo la duración de ese viaje, la compañía de Emilio pudiera estorbarme.

ANGELA. No lo creo yo así, ni se concibe. Emilio, aunque joven, es ya un hombre, y podría sacar provechoso resultado de un viaje á ese país, que tanto desea visitar.

AUG. Es inútil que discutamos sobre este asunto. Yo soy el árbitro, y así lo tengo decidido.

ANGELA. (Con creciente animación.) ¡Oh! ¡Hablemos claro por primera y última vez! ¡Aborrezco las oscu-

ridades y las hipocresías! Tú tienes una amante y te dispones á hacer con ella ese viaje, abandonando á tus hijos y olvidando tus sagrados deberes. ¡Y yo te advierto desde ahora, que tu partida será la señal de nuestra separación legal y eterna! Tengo pruebas y testigos más que suficientes para que los tribunales me la concedan.

AUG. (Permanece unos momentos inmóvil; después se dirige hacia la puerta del foro, diciendo con altivez.) ¡Haz lo que te plazca!

ANGELA. (Corre á la puerta del foro, adelantándose á Augusto é interponiéndose á su paso.—Con pasión y arrebato.) ¡Augusto!..... ¡Augusto!..... ¿Será posible que mires con tanta indiferencia el sosiego de tu casa y el porvenir de tus hijos, ya que nada te importe el corazón y la ventura de esta pobre mujer, que te ama tanto? ¿Es posible que con esa facilidad te conformes á dar un escándalo que mil veces has censurado en los demás?

AUG. No soy yo quien lo provoca y quiere darlo. Tuya será la responsabilidad.

ANGELA. Pero ¿qué remedio me queda para defender mi dignidad hollada, y salvar de la ruina á mis pobres hijos?

AUG. (Con enojo.) ¿Y qué mujer y qué madre eres tú que te decides á un paso semejante sin estar plenamente convencida de su necesidad?

ANGELA. ¿Qué quieres decir?

AUG. ¿Sabes acaso si ese viaje que pretendes impedirme y que tal enojo te causa, es el medio que elijo para romper esas mismas relaciones que tanto vituperas?

ANGELA. ¡Oh! ¿Será verdad?..... (Mirándole con mucha fijeza un momento.) ¡Ah, no! ¡No trates de engañarme mintiendo! ¡Eso no es digno de ti; no es digno de un caballero! Ten el valor de confesar tus culpas y arrostrar sus consecuencias.

AUG. Pues bien, sea como tú quieras. (Dando un paso hacia el foro.)

ANGELA. ¿De modo que lo confiesas? (Sin dejarle paso.) ¿Estás dispuesto á sacrificar mujer, hijos, hogar é intereses por una vil mujer prostituída y miserable?

AUG. (Con furor.) ¡Oh! ¡Cállate, cállate! ¡No me hagas olvidar de quién eres y quién soy! (Amenazador.)

ANGELA. ¡Oh! ¡Vedle! ¡Miradle! ¡Hé ahí lo que el trato de canallas puede hacer de un caballero!

AUG. (Iracundo.) ¡Oh! ¡Calla, Angela, calla, y déjame salir! (Tratando de separar á Angela de la puerta del foro.

ANGELA. ¡No, no quiero! (Abrazando á Augusto y luchando con él.) ¡Es inútil que te empeñes. (Forcejeando.) ¡Sólo matándome saldrás de aquí!

AUG. ¡Quita! ¡Suéltame! (Empujándola rudamente y haciéndola caer sobre el sofá, hacia donde se habrán acercado durante la lucha.) ¡Tú tienes la culpa!

ANGELA. ¡Ah! (Gritando. Entra Emilio atropelladamente por el foro.)

ESCENA XI

DICHOS y EMILIO

EMIL. (Corriendo á auxiliar á Angela, que se echa á llorar amargamente.—Con energía.) ¿Qué has hecho, padre mío?

AUG. ¿Olvidas quién soy, que así me interrogas?

EMIL. ¡Porque eres mi padre te interrogo; que si no lo fueras!..... (Amenazador.)

AUG. (Dirigiéndose airado á Emilio.) ¿Te atreves á.....?

ANGELA. (Dirigiéndose y abrazando á su hijo para ampararle.) ¡Hijo mío!

AUG. (Dominándose y con sarcasmo.—A Angela.) ¡Ahí tienes el fruto de tus indiscreciones y ligerezas! ¡Enseñar al hijo á rebelarse contra su padre!

ANGELA. ¿Qué quieres decir?.....

AUG. Si no le hubieras nunca hablado de lo que debía siempre ignorar.....

ANGELA. ¡Yo!..... (Con amargura.)

EMIL. ¡Oh padre mío! ¿Has olvidado quién es mi madre? ¡Ella acusarte!..... ¡Pobre madre mía!.... ¡Bebiendo siempre á escondidas sus amargas lágrimas!..... ¡Ahogando sus suspiros y sus quejas!..... ¡Queriendo siempre fingir la serenidad del alma, que há tanto tiempo perdió! ¡Ella..... hablar á sus hijos mal de su padre!..... ¡Ella..... que te adora con verdadera idolatría! ¡Que se dejaría despedazar porque no te lastimaran ni ofendieran! (Llora un momento y se acerca á dar un beso á su madre.) ¡No, padre mío, no! ¡Jamás con una palabra, ni una alusión, me ha dado á entender la causa de sus tristezas! (Transición.) Desgraciadamente todos la conocen, y muchos son los que se complacen en contármela.

AUG. ¡Basta, Emilio! ¡Sólo el mucho cariño que te profeso me ha obligado á escucharte hasta ahora! ¡Pero te prohibo decir una palabra más!

EMIL. (Con respeto.) Te obedezco, padre mío. Ni una palabra más he de decir sobre esto. (Dominándose.) Pero seguramente no me negarás el derecho de interesarme por mi madre, pidiéndote un favor que hace tiempo deseo pedirte. El de que la permitas trasladarse á Málaga y permanecer en nuestra casa de allí el tiempo necesario para restablecer su salud, cada día más quebrantada.

AUG. (Después de vacilar.) Está bien: puesto que lo consideráis necesario, no me opongo. Ella puede ir allí con las niñas, y tú te quedarás aquí conmigo.

EMIL. Perdona; pero concediéndome así el favor, no me lo otorgarías por completo. Yo deseo ardientemente acompañarla.

AUG. ¿Quieres abandonarme?

EMIL. Quiero no abandonarla á ella.

AUG. ¿Será posible? (Con amargura.) ¡Nunca hubiera esperado este desengaño de ti, á quien tanto cariño he demostrado siempre; en quien cifraba todas mis esperanzas y mis ilusiones!

ANGELA. ¡No, Emilio, no te separes de él!

AUG. ¡Qué ingrato!

EMIL. ¡Oh! ¡No me acuses de ingratitud, padre mío! ¡Tú has sido el que me has enseñado desde que nací, á amarla y á quererla sobre ti, y sobre todo el mundo! ¡Y ahora que la veo desgraciada y triste, necesitando más que nunca de mi amor, no voy á ser, ni querrás tú que sea tan cruel, que me separe de ella!

AUG. En fin, ya trataremos de este asunto cuando yo regrese. Por ahora no hay necesidad de mudanza alguna, puesto que mañana me marcho, y por de pronto (Con ligera ironía.) ya consigue tu madre lo que desea, que es separarse de mí.

ANGELA. (Con explosión y llorando.) ¡Qué desventurada soy!.....

EMIL. ¿Qué, te vas?..... ¿Puedo preguntarte adónde?

AUG. A Italia. (Después de vacilar.)

EMIL. ¿Por mucho tiempo?

AUG. Lo ignoro. (Como antes.)

EMIL. ¿De modo que eres tú el que nos abandona? ¡Pobre madre de mi alma! (Acercándose á Angela y acariciándola.) ¡No llores! ¡No te apenes así! No eres tú el más desdichado de los dos. (Señalando á Augusto.) ¡El es quien ha de llorar amargamente cuando recuerde estos santos amores! ¡Cuando piense en estas lágrimas que nos hace verter! ¡A ti, la más virtuosa de las mujeres, y la más amorosa de las madres! ¡A mí, el más apasionado de los hijos! (A Angela con arrebato.) ¡Oh! ¡Si no necesitaras de mi vida, me daría la muerte!

ANGELA. (Abrazándole con terror.) ¡Hijo de mis entrañas!

AUG. ¡Emilio! (Conmovido y dando un paso para abrazarle.)

EMIL. (Con creciente emoción.) ¡Oh! ¡Lo digo como lo sien-

to! ¡Ya no puedo más! ¡Las fuerzas de mi alma se agotan con tanto padecer! ¡Porque no es sólo ella, no (Señalando á Angela y acercándose á Augusto.) quien llora y sufre! ¡Yo, también por mí, padezco y lloro al ver tu desamor y tu desvío hacia todos nosotros! Pero ¿qué te hemos hecho? ¿Qué culpas son las nuestras, padre mío? (Augusto se sienta, ocultando el rostro entre las manos.) ¿Qué razón hay para que hayas trocado la paz y la dulce felicidad de que gozábamos, en zozobra y desventura?..... Dime, ¿qué sacrificios exiges de nosotros para devolvernos tu suspirado amor?..... ¡Todos los haremos con placer por crueles que sean! ¡Todos....., con tal de ver lucir de nuevo aquellos hermosos días en que no había mujer más amada que ella, (A Angela.) ni hijos más queridos de su padre que nosotros! ¿Y tú no recuerdas, padre mío, lo orgulloso y feliz que te sentías por nuestro cariño? ¿Y habrán aquellos días pasado para nunca más volver? .... ¡Oh! ¡No es posible!..... ¿Verdad, padre de mi alma?..... ¡Por Dios te lo pido! (Cogiendo á Angela, que llora silenciosamente, y arrodillándose los dos á los pies de Augusto.) ¡Oyenos! ¡Atiende nuestras lágrimas y súplicas! (Teresa se asoma por la izquierda, retirándose en seguida.) ¡Devuélvenos tu cariño y tu corazón, sin los cuales no podemos vivir! (Llorando.) (Teresa vuelve á asomarse con las dos niñas, á las cuales habla un momento al oído, y señalándoles el grupo que forman Augusto, Angela y Emilio, las lleva á arrodillarse entre aquellos dos últimos.) ¡Todos! ¡Mira! ¡Todos te lo suplicamos, llorando á tus pies! ¡Piensa que tu sola voluntad puede hacer á todos estos seres, que te aman entrañablemente, felices ó desdichados!

AUG. (Con arrebato y levantándose.) ¡Oh! ¡Dejadme! ¡Callad! ¡Callad! ¡Me estáis destrozando el corazón! (Vase por la izquierda.)

ANGELA. ¡Ah! ¡Ya no hay esperanza de salvación para nosotros!

ESCENA XII

DICHOS y TERESA

TERESA. (Adelantándose y abrazando á Angela.) Te engañas, Angela. Augusto tiene ya miedo de ceder. ¡Por eso ha huído! ¡Pero yo me encargo ahora de perseguirle y vencerle! (Vase corriendo por la izquierda.)

CAE EL TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

AUGUSTO y TERESA

TER. No, Augusto: te cansas en balde. Conozco toda la historia de tus amores,—llamémoslos así,—tan bien como tú mismo. No me mires de ese modo para desconcertarme, porque es inútil. Ya te has olvidado de mi carácter resuelto. Una vez empezada nuestra conversación, una vez decidida á tenerla contigo, ya no he de retroceder. Acuérdate de lo que me decías cuando éramos niños:—«Es una lástima que lleves faldas, porque has nacido para general ó dictador.»—Y es verdad. Pues bien: vuelvo al asunto, ó á la carga.

AUG. Mira, Teresa, dejémoslo por hoy. No puedo ofrecer más de lo que te he dicho. Hay una razón que me impide ahora complacerte por entero, como tú deseas.

TER. ¿Qué razón? ¿Á que no la dices?

AUG. No; porque tú eres una mujer, y por talento que tengas, no es posible que adivines y conozcas las causas que los hombres muchas veces tenemos para.....

TER. (Con tono burlón.) Sí, ¿eh? Ya esperaba yo que habías de decirme algo parecido. Pues entonces..... (Cogiéndole por un brazo y con mucha intención.) ¿Por qué, si tiene tu proceder,—ó vuestro proceder,—excusa y justificación, fuiste hace dos años á exigir de mi marido que rompiese con su querida? ¿Qué contestarías si un hermano de Angela viniese ahora á exigirte lo mismo? ¿Es que ella merece menos tu cariño, que yo merecía el de mi marido?..... Por él sé ahora toda la historia de tus relaciones con esa famosa Elvira. Ahora se complace en referirme cuanto llega á sus oídos, en desquite de lo que tú hiciste con él en favor mío.—¡Parece mentira! Tienes una mujer incomparable por todos conceptos; unos hijos que enorgullecerían al padre más exigente; gozas una dicha que el mundo te envidia, y todo lo comprometes por una mujer interesada y venal que ha sido de muchos, y mañana será de otros.....

AUG. ¡Calla, Teresa!

TER. ¿Por qué?..... ¿He dicho algún disparate? ¿Algo que tú no sepas? ¿Creerás acaso en su virtud?

AUG. ¡No me hables de ella! Di de mí cuanto quieras; pero desde el momento en que sabes que me une algo á ella, debes respetarla.

TER. ¡Muy difícil es respetar lo que no es digno de respeto! (Augusto hace un movimiento como para marcharse.—Deteniéndolo.) ¡Espera, hombre, espera!..... Te prometo no hablarte más de ella; pero déjame siquiera que te hable de tu mujer.—Dime Augusto: ¿no se te ha ocurrido nunca que pudiera llegar un día en que cediese á las solicitudes más ó menos encubiertas que siempre se dirigen á una mujer de tanto mérito como la tuya? ¿Qué dirías si se vengase aplicándote la pena del talión?

AUG. (Con energía.) ¡Quién! ¿Ella?..... ¡Nunca! ¡Angela es una mujer honrada!

TER. (Con ironía.) Sí; y por lo tanto, ya puedes serle infiel tranquila é impunemente. ¡Así sois los hombres! ¡Cuán distinta sería vuestra conducta si fuésemos nosotras menos virtuosas!—«Y mi mujer?»—os preguntáis con terror al encenagaros en una de esas aventuras.—«¡Bah!»—decís después: «¡Es honrada! ¡No hay cuidado!»—Que equivale á decir: «¡Puedo martirizarla sin peligro. Ella sufrirá, llorará, se desesperará; quizás enloquezca ó muera, pero no ha de vengarse. Es incapaz de faltarme!»—¡Ah! ¡Qué crueles (Con mucha expresión.) y qué cobardes sois los hombres! (Pausa.—Transición.) Vamos á ver, Augusto, hermano mío: si es verdad, como antes me has dicho, que estás decidido á separarte de esa mujer y devolverte á tu familia, ¿no es mejor que de una vez, y desde ahora, dejes de verla y te marches de Madrid hoy mismo con tu mujer y tus hijos? ¿No presientes que si la ves de nuevo te faltará el valor y la resolución de cumplir tu honrado propósito? ¡Decídete! ¡En nombre de nuestra santa madre te lo pido, Augusto! ¡Pobre! ¡Cuánto sufrirá al ver lo que está pasando! ¡Lo que estás haciendo! ¡Oh! ¡Si viviera, no te resistirías de seguro á sus súplicas como te resistes á las mías! ¡No; porque tú la querías, como pocos hijos quieren á sus madres! ¿Recuerdas la loca alegría que sintió cuando le manifestaste el amor que Angela te inspiraba?..... ¡Como que era su sueño más hermoso! ¡Su esperanza más querida! ¿Y el día de vuestra boda?..... ¡Cómo lloraba besándoos á los dos, y diciéndote al mismo tiempo:—«¡Augusto, hazla tan feliz como merece. Amala siempre!»—¡Y tú se lo jurabas una y otra vez! ¡Cómo se lo volviste á jurar arrodillado junto á su lecho

el triste día en que oimos por última vez su dulce voz y recogimos su última mirada!—Di, Augusto, ¿no lo recuerdas? (Llorando.)

AUG. (Muy conmovido.) ¡Sí, Teresa, sí!

TER. Pues bien: sé hombre de voluntad, y, fijo el pensamiento en nuestra inolvidable madre, ten el valor de sacrificar tu pasión en aras de su santa memoria. Ella desde el cielo recogerá tu sacrificio, y te enviará en cambio su bendición. Vamos, Augusto, hermano de mi alma, tú eres bueno y honrado: sigue, pues, la voz de tu conciencia, y con resuelta é inquebrantable voluntad, di: «¡Madre mía, por ti soy capaz de todos los sacrificios; voy á demostrarte más que nunca la veneración que por ti siento!»—Y luego llama á Angela y Emilio, y diles: «¡Vuelvo á vosotros; os pertenezco en cuerpo y alma!»—Y cuando hayas así cumplido con tu madre, con tu familia y con tu conciencia, verás cómo sientes dentro de tu corazón un bienestar infinito é incomparable, que te indemnizará de todos tus sacrificios! ¿Estás dispuesto, Augusto?

AUG. (Conmovido, pero con tono algo sombrío, y después de unos momentos.) ¡Sí: haz de mí lo que quieras!

TER. ¿No retrocederás?

AUG. ¡No! (Como antes.)

TER. ¿Me lo juras?

AUG. ¡Sí! (Como antes.)

TER. (Yéndose rápidamente á la derecha y llamando.) ¡Angela! ¡Emilio! (Volviendo al lado de Augusto.) ¡Valor, Augusto! ¡Hermano mío, valor!

ESCENA II

DICHOS y ANGELA y EMILIO

TER. ¡Abraza á tu marido, Angela! ¡Emilio, arrodíllate ante tu padre! (Angela y Emilio hacen lo indi-

cado, buscando este último la mano de Augusto.) ¡Es el hombre más bueno de la tierra! Hoy mismo saldréis todos con él de Madrid, y luego de España.—¿Verdad, Augusto? ¿Verdad que no les engaño? ¿Verdad que me lo has jurado?

AUG. ¡Sí! (Disimulando la violencia que hace.)

ANGELA. ¡Gracias, Augusto mío! ¡Gracias!

EMIL. ¡Qué bueno eres, padre de mi corazón!

TER. Id, pues, á prepararos. Ya sabéis que dentro de poco salís. (Acompañando á Angela hasta la puerta de la derecha.) (Esto es un secuestro; pero no hay ahora otro medio para conseguir nuestro propósito. La separación y el tiempo consumarán la obra.

ANGELA. ¡Ay, Teresa! ¡Quiéralo Dios!

TER. (Señalando á Augusto.) ¡No le demuestres la menor duda: al contrario! Muestra una fe ciega en su enmienda, porque la duda, como la fe, son contagiosas.)

ESCENA III

AUGUSTO y TERESA

TER. Ahora es preciso que escribas á tu amigo Luis rogándole que te despida de esa mujer con el pretexto y en la forma que mejor te parezca. Y si tienes con ella alguna deuda, si le has hecho alguna promesa, no vaciles en cumplírsela largamente; que no valen todos los millones de la tierra la felicidad y la paz que vais con esa ruptura á conseguir.—Vamos, Augusto, ¿en qué piensas? (Augusto se sienta á la mesa, y con febril resolución escribe lo que Teresa va leyendo por encima de su hombro.)—¡Bien!..... ¡eso es!..... Pero dile además..... ¡Así! ¡Perfectamente! (Coge un sobre, mete en él la carta, y dándoselo á Augusto dice.)—Pon las señas. (Llamando al timbre.—Al criado.)—Va us-

ted corriendo á llevar esta carta ahora mismo á D. Luis. (Vase el criado.) ¡A ver si Luis sirve para algo bueno siquiera una vez en la vida! (Augusto se queda profundamente pensativo.—Aparte y contemplándole.) (¡Mientras dure en su corazón la influencia de los recuerdos que he evocado, hará cuanto queramos! ¡Pero Dios sabe lo que sucedería si no se marchase hoy mismo, y esa influencia se disipara!) (Pausa.)—(¡Estoy asombrada de ver de qué manera se ha dejado subyugar por esa pasión vergonzosa y culpable! ¡Creo que si se le muriese un hijo, no tendría mayor disgusto que el que siente por la separación de esa mujer! (Alto y con cariño.)—¿En qué piensas, Augusto?

AUG. (Alto, pero como para sí.) ¡Es verdad, sí! ¡Mi madre me hizo jurar que no le causaría nunca, voluntariamente, la más leve pesadumbre; que no le haría verter una lágrima!..... ¡Y, ya lo ves, madre mía, hago cuanto de un hombre puede exigirse y esperarse por reparar el mal que he causado! ¡Ya quedan rotos para siempre estos lazos que tan gratos me eran, pero haciendo también pedazos mi corazón! ¡Por consiguiente, no puede nadie esperar ni exigir de mí, ni amor ni ternura! ¡Soy un hombre que no siente! ¡Soy un cadáver que se agita! ¡La materia vive; pero el alma ha muerto!

TER. ¿Será posible que creas eso, hermano mío.....? ¡Pues bien; (Con energía.) si lo crees, yo te aseguro que te engañas! Y te aseguro más aún: que ha de llegar día en que te avergüences de haber pensado y creído semejante absurdo. Debes estar orgulloso de ti mismo, porque á veces el cumplimiento del deber es un heroísmo sublime. ¡Pero harto sé, ¡pobre loco!, que ahora no puedes pensar ni sentir! ¡Hay que defenderte de ti mismo, y perdonártelo todo! ¡Adiós,

Augusto! Volveré luego á despediros. ¡Adiós! (Dándole la mano.)

AUG. Adiós Teresa.

ESCENA IV

AUGUSTO

¡Tendrá razón: será todo eso verdad! ¡pero lo único que ahora resulta es que he sido sacrificado! ¡Que Elvira y yo somos las víctimas inmoladas á sus deseos! ¿Y por qué.....? Sí, ¿por qué.....? ¿No he sido esclavo voluntario muchos años de las necesidades y hasta de los deseos de mi mujer y de mis hijos? ¿Desatendía yo acaso alguna de mis obligaciones para con ellos? ¿No puedo disponer de una parte siquiera de los millones que á fuerza de mi trabajo he conquistado.....? ¿Por qué no me ha de ser permitido una vez en mi vida lo que á todos se les consiente y perdona mil veces? ¿No es loco y absurdo además pretender y exigir del hombre esa ridícula fidelidad.....? Pero, en fin, ya no cabe retroceder. ¡Lo he jurado invocando la sagrada memoria de mi madre!

ESCENA V

AUGUSTO y LUIS

LUIS. Aquí me tienes ya.

AUG. ¿Tan pronto?..... ¿Cómo ha recibido la noticia? Dime la verdad con todos sus detalles.

LUIS. ¿Quieres que te diga la verdad?

AUG. (Con interés.) Sí; eso quiero: ¡la verdad!

LUIS. Pues bien: contra todos mis propósitos, no le he dicho nada de lo que me has encargado.

AUG. ¿Hablas de veras?

LUIS. ¡Y tan de veras!

AUG. ¿Pero por qué?

LUIS. Imagínate que en cuanto me ha visto ha comenzado con una alegría y un entusiasmo verdaderamente infantiles á hablarme de vuestro viaje, y á enseñarme los trajes, los sombreros y los mil preparativos que ha hecho. En vano he esperado una oportunidad para dar comienzo á mi misión. Cuantas veces te nombraba yo, otras tantas empezaba ella á ponderarme el amor que te profesa y el que tú la tienes. Jamás se ha mostrado á mis ojos tan expansiva y tan enamorada hablando de ti. Ha habido momentos en que yo, que soy escéptico en punto á amores, he llegado á sentir envidia. Luego—todo influye en el ánimo—la alegría prestaba á sus ojos y á su rostro tal belleza y tal encanto, que, al pensar en que iba yo con toda sangre fría á nublar de lágrimas aquel hermoso semblante y á trocar el contento de su alma en desesperación, me he sentido cobarde.

AUG. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Dios mío! ¡Pobre Elvira!

LUIS. Ya ves que yo mismo te aconsejo que termines esas relaciones, y que me he ofrecido á ayudarte; pero hazte cargo.....

AUG. (Muy conmovido.) ¡Sí, Luis, sí; lo comprendo! Pero tú también debes reconocer que no puedo menos. Lo he jurado, y debo cumplir mi juramento.

LUIS. Si fuera sólo por eso.....

AUG. ¿Qué quieres decir?

LUIS. Que no te animaría yo tanto á perseverar en tu propósito; porque al fin y al cabo también le has jurado á Elvira no abandonarla mientras no cometiese ninguna infidelidad. Y eso mismo habrás jurado y hemos jurado todos mil veces, sin creernos por eso obligados.

AUG. (Con calor.) ¡Oh, no! ¡No puede compararse un juramento de esos que dices con el que yo he hecho!

LUIS. No lo dudo, ni he pretendido por un instante que lo olvides, ya que tantos otros motivos te aconsejan que cumplas con lo que tu conciencia te demanda.

AUG. Pues bien, Luis, es preciso que vuelvas á ver á Elvira. ¡Es indispensable que me prestes el favor que te he pedido, y que exijo de tu fraternal amistad!

LUIS. Está bien. Ante esa invocación no vacilo; cuésteme lo que me cueste, te prometo satisfacer tus deseos.

AUG. (Dándole la mano.) Gracias, Luis. No puedo explicarte cuánto te lo agradeceré. Pero es menester que vayas resuelto á decirle que nuestras relaciones han terminado; que la tranquilidad de mi casa, el porvenir de mis hijos, mi vida, en fin, lo exige. ¡Porque es imposible que yo pudiera vivir mucho tiempo en medio de esta horrible agitación, de este atroz suplicio en que vivo! ¡Quiero concluir! (Paseándose agitado.) ¡Sí! ¡Á toda costa!

LUIS. Lo comprendo. ¡Pobre Augusto! Porque el amor de una mujer como Elvira es un veneno que puede ser mortal. Yo no sé en qué consiste el atractivo irresistible que sobre ciertos hombres ejerce una de esas pasiones; pero lo que es innegable es que interesa y arraiga más hondamente que ninguna otra.

AUG. ¡Es verdad! (Con interés.)

LUIS. ¡Y una vez apoderada del corazón, es indomable!

AUG. ¡Ah, dices bien! ¡Y además de ser indomable, es inextinguible!

LUIS. ¿Hablas formalmente?

AUG. ¡Lo sé y lo veo dentro de mi alma! ¡Hasta llego

á temer que la ausencia contribuya á acrecentar mi pasión en vez de amenguarla. Tan sólo podría librarme del amor que me esclaviza la seguridad de haber sido alguna vez engañado por ella. Algo que destruyese la estimación en que la tengo. Pero mientras esto no suceda, no ha de extinguirse el amor que la profeso.

LUIS. Pues entonces, ¿qué vas á lograr con tu viaje? ¿Qué te propones?

AUG. Evitar ante todo el peligro de verla; porque conozco que de nada servirían mis propósitos, mis juramentos y mi voluntad si la llegase á ver.

LUIS. Creo que todos estos temores son fantasmas que se forja tu imaginación. La manera mejor de dominar un peligro es afrontarlo. Yo, en lugar tuyo, seguiría un procedimiento contrario al que tú tratas de emplear.

AUG. ¿Cuál?

LUIS. La iría á ver, á hablarla, á convencerla, y á despedirme.

AUG. Si yo tuviese fe en mí, tal vez sería el mejor medio.

LUIS. ¿Y por qué no has de tenerla? Comprendo que te faltase, si fuese el de Elvira uno de esos caracteres propensos á la ternura y á los ruegos; pero bien sabes que es enérgica y altiva, y no ha de llorar ni rogarte.

AUG. Ya lo sé; pero precisamente esa dureza y esa altivez me impresionan y me enamoran más que la ternura y las lágrimas.

LUIS. Además, acompañándote yo.....

AUG. (Después de vacilar unos momentos.) ¡Oh, no, no! Es preferible que vayas tú solo, y le manifiestes mi inquebrantable resolución de romper para siempre nuestras relaciones, entregándole además este resguardo de la cantidad que para ella he depositado en el Banco. Es el cumplimiento de una deuda sagrada.

LUIS. Tu proceder es lógico é irreprochable.

AUG. Conque dime, Luis, ¿no podrías ir ahora mismo á verla, y cumplir mi encargo?

LUIS. ¿Por qué esa prisa?

AUG. Porque quisiera que volvieses á decirme—¡no te rías de mí!—lo que ha pasado en vuestra entrevista.

LUIS. ¡Ah! ¿Quieres que vuelva en seguida?

AUG. (Confuso.) Sí, Luis. Hazme este favor.

LUIS. Corriente. Lo haré como lo quieres.

AUG. ¡Oh! ¡Gracias, Luis, gracias! (Con ansiedad.) ¿Volverás pronto?

LUIS. Ya ves, en el coche, poco tardo. Pero voy á llevarme la llave de la puerta que da al jardín. (Señalando á la izquierda.) De ese modo evito un encuentro con Angela al irme y al volver.

AUG. Bueno, sí, toma. (Con impaciencia, dándole la llave.) Vete. Confío en tu talento y tu amistad.

LUIS. Haré lo que pueda; pero no me culpes si no salgo tan airoso como quisiera. Ten en cuenta que la comisión es ardua y difícil.

AUG. (Como antes.) ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Por eso he de agradecértelo más. ¡Adiós! (Empujándole suavemente hacia la izquierda.) No olvides la ansiedad con que te espero.

LUIS. No temas. (Pausa.—Aparte.) Si yo pudiese conseguir..... ¿Y por qué no?..... Si ella no sabe nada de lo que aquí sucede..... (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

AUGUSTO

AUG. (Después de mirar unos momentos con temor á todos lados, se dirige hacia la mesa, coge un retrato de Elvira, y dice con viva emoción.) ¡Oh, Elvira! ¡Mujer adorada de mi alma! ¡Voy á perderte para siempre! ¿Será posible? ¿Podré continuar viviendo?.....

Oh, perdóname, Dios mío, perdóname! ¡Tú, que eres el único que lees en mi corazón, puedes disculpar mi pecado, mi crimen! (Llaman á la puerta de la derecha.—Besando con transporte el retrato, que guarda en seguida en el bolsillo.)

ESCENA VII

AUGUSTO y ANGELA

AUG. (Junto á la puerta y con contrariedad que trata en vano de ocultar.) ¿Qué quieres?

ANGELA. (Con dulce reconvención.) ¿Por qué me lo preguntas..... así?

AUG. (Como antes.) ¿Cómo he de preguntártelo?

ANGELA. ¿Te estorbo?

AUG. (Retirándose de la puerta y sentándose.) No. ¿Por qué?

ANGELA. (Apoyándose en el hombro de Augusto.) Aun no he podido hablar á solas contigo, como deseaba, (Con mucha ternura.) para expresarte la inmensa gratitud con que te pago tu noble proceder. Y á eso venía ahora.

AUG. (Con forzada dulzura.) No merece mi conducta agradecerse. El que promete cumplir sus deberes.....

ANGELA. (Con expresión.) ¡Oh, no, Augusto, no! ¡Yo sé apreciar en todo su valor la resolución que has tomado y el juramento que has hecho! ¡Lo que deseo es que lleguen ocasiones de pagarte tu sacrificio! ¡Oh! ¡Si yo supiera que exponiendo mi vida lo lograba, me verías, Augusto mío, sufrir risueña y gozosa el más horrible tormento! (Oculta llorando su rostro en el pecho de Augusto, que se ha levantado y está impaciente y nervioso.)

AUG. (Con frialdad que se esfuerza en disimular.) ¡Lo creo, Angela; lo sé! ¡Pero..... te lo suplico! ¡Cálmate! Lo mejor de todo es que olvidemos, tanto tú como yo, el pasado.—Consagrándonos á la felicidad y al porvenir de nuestros hijos, podremos

recobrar la paz de nuestro ánimo, que es lo primero que debemos procurar. (Se desase de los brazos de Angela, que sigue llorando.) ¡Vamos, Angela, no llores más! (Con mayor impaciencia.) ¡Debes comprender que tus lágrimas son para mí un verdadero tormento! Parece que me acusan, que tratan de recordarme las faltas que he cometido, y eso no es generoso.

ANGELA. (Con viveza y secando sus lágrimas.) ¡Oh, no, no, Augusto de mi alma! ¡No lo creas! ¡No las volverás á ver nunca más en mis ojos!

AUG. ¡Eso quiero, Angela mía! (Estrechándole la mano y saliendo después por la derecha.)

ESCENA VIII

ANGELA.—Luego EMILIO y TERESA

ANGELA. ¡Oh, ni un beso!..... ¡Ni una frase! ¡Ni una palabra que saliera realmente de su alma!

TER. ¿Qué deduces de vuestra entrevista?

ANGELA. (Con desesperación.) ¡Ah, no! ¡Su corazón no es mío!

EMIL. (Adelantándose y conmovido.) ¡Pero lo será, madre mía, no lo dudes! (Abrazándola y besándola.)

ANGELA. ¡Ay, Emilio!..... ¡Ya he perdido la esperanza!

TER. ¿Por qué, Angela?..... No veo, ni existe, verdadero motivo para que así desesperes. Lo que sucede es lógico, por más que sea muy sensible para ti; para todos. No puede el corazón del hombre pasar tan rápidamente de un sentimiento á otro opuesto, sin más impulso que el propósito de cumplir un deber y un juramento. ¡Pero aun así, yo te respondo de que en cuanto se halle fuera de Madrid; cuando se halle únicamente rodeado de vosotros, aspirando la atmósfera purísima de vuestro amor, su espíritu noble y recto recobrará su imperio, y su alma volverá á

ser vuestra con mayor, con más ardiente entusiasmo que nunca!

ANGELA. (Con vehemencia.) ¡Oh, si fuera así!.....

EMIL. ¡Sí, madre de mi corazón! ¡Ten confianza y espera!

TER. Pero permíteme, Angela, que te dé un consejo que ha de contribuir al logro del objeto deseado. (Angela hace un ademán de asentimiento.) Y es que en adelante ocultes á Augusto tus lágrimas. Que no perciba ni el más leve suspiro de tristeza. (Con más cariño.) En fin, yo quisiera que volvieses á ser la mujer que has sido siempre hasta que el dolor te ha embargado. Pero no sólo en tu carácter, sino en tus costumbres y hasta en tu traje. Es preciso que vuelvas á cuidarte de tu belleza y tu elegancia. Los hombres sienten estimulado su cariño hacia una mujer con las alabanzas que de ella hacen los demás. Y es porque en su amor, toma tanta parte su corazón como su vanidad.

EMIL. Tiene razón. Haz lo que te aconseja, madre mía, aunque te cueste algún esfuerzo. Y tú verás cuán presto recobrarás tu legitima influencia en el corazón de mi padre; del hombre que tanto te ha querido y sólo momentáneamente te ha olvidado.

ANGELA. Gracias, Emilio; gracias, Teresa. Vuestras palabras me confortan y me devuelven la esperanza que lloraba perdida.

EMIL. Desde ahora empieza una nueva vida para nosotros.

ANGELA. Mientras estemos en Madrid, os lo aseguro, no tendré sosiego ni confianza. Sobre todo, porque conozco el influjo de ese hombre maldito, á quien atribuyo nuestras desdichas.

CRIADO. El señor espera á la señorita.

ANGELA. Voy en seguida. Venid, acompañadme. (Vanse los tres.)

ESCENA IX

LUIS.—Luego ELVIRA

LUIS. (Aparece cautelosamente por la izquierda. Va hacia la derecha, por donde mira un momento; después vuelve á la izquierda, y dice.) Puede Ud. pasar. (Elvira aparece elegantemente vestida y en la cabeza una mantilla de encaje.)

ELV. ¿Dice Ud. que no hubiera ido Augusto á mi casa aunque le hubiese entregado la carta que yo quería escribirle?

LUIS. No, Elvira. Si Ud. conociera á Augusto como yo le conozco, y hubiese Ud. oído nuestra conversación, ni le ocurriría tal duda.

ELV. ¿Aunque yo le hubiese devuelto en mi carta este fingido documento? (Mostrándole el resguardo que Augusto dió á Luis en la escena IV.)

LUIS. ¡Por nada! Augusto se ha propuesto, conforme le he dicho á Ud., probar de una manera decisiva su cariño de Ud. por él. Y como todos le aseguran y repiten que Ud. finge quererle con miras interesadas, él, para salir de dudas, ha combinado el plan que le he dicho á Ud. Enviarle por mí ese papel sin valor, y manifestarle que en vez de hacer con Ud. el viaje á Italia, se iba con su familia á Londres esta tarde. Si esa mujer no me quiere,—ha dicho,—aceptará mi supuesta dádiva, y me escribirá dándome las gracias y aparentando, por fórmula, mucho sentimiento de nuestra ruptura. En este caso, estoy decidido: la abandono y no vuelvo á verla jamás. Si, por el contrario, me quiere como tantas veces me ha jurado, vendrá contigo á arrojarme airada ese papel al rostro, y á pedirme que le cumpla mi palabra de partir con ella para Italia. Y en este caso,—ha concluído diciéndome con emoción vivísima,—te juro que

he de cumplirle todas las promesas que le he hecho.

ELV. (Dándole la mano.) Gracias, Luis. Veo que es usted, en efecto, mi mejor amigo.

LUIS. ¡Hasta morir!

ELV. A no ser por Ud., hubiera hecho yo el papel más ridículo del mundo. Porque pronto esa historia hubiese sido conocida de todos mis amigos y de todas mis amigas, que hubieran aprovechado la ocasión de reirse de mí. La acción que ha cometido conmigo ahora, enviándome este fingido documento, ha herido mi amor propio, de tal modo, que si no fuera por la palabra que le he empeñado á Ud., le aseguro que.....

LUIS. Lo que debe Ud. procurar es que ese tan anunciado viaje de ustedes se realice, y que sea hoy mismo; porque si deja Ud. pasar esta ocasión, ya no se presentará de nuevo.

ELV. ¡Oh, es verdad! ¡Por realizar ese viaje, daría cuanto me pidieran!

LUIS. Afortunadamente, el estado en que su ánimo de Ud. se encuentra ahora, es el más á propósito para conseguir todo lo que quiera de Augusto. Porque bien sabe Ud. que en el hombre apasionado, la frialdad y el desdén encienden la pasión en vez de apagarla.—Me parece que se acerca alguien. (Escuchando por la derecha.) ¡Sí! Ocúltese ahí un momento. (Señalando á la izquierda.) Aun cuando sea Augusto, conviene que yo le diga algo, antes que Ud. se presente. (Elvira se va por la izquierda.)

ESCENA X

LUIS y AUGUSTO

AUG. (Con vehemencia.) ¿La has visto? ¿Qué te ha dicho?

LUIS. Le di aquel papel conforme me encargaste; pero

en cuanto le indiqué que rompías con ella para siempre, y que te marchabas dentro de poco á Londres con tu familia, ya no quiso oir más. Frunció el entrecejo, y con voz vibrante, me dijo imperiosamente:—«¡Quiero verle ahora! ¡Ahora mismo!»—Traté de hacerle algunas reflexiones: todo fué en vano.—«Si es Ud. amigo mío y amigo suyo, procúreme Ud. una entrevista con él, aunque sea de brevísimos instantes.»—Y para acabar de vencer mis resistencias, concluyó diciendo:—«Tan resuelta estoy á verle, que si Ud. no me ofrece un medio fácil de conseguir mi propósito, lo atropellaré todo por lograrlo!»—(Transición.) Y yo..... entonces....

AUG. (Con ansiedad.) ¿Y entonces?.....

LUIS. (Con calculada calma.) Recordando que me había llevado la llave de la puerta del jardín, y que era tan fácil entrar sin ser vistos.....

AUG. ¿Qué?..... (Como antes.)

LUIS. ¿Prometes perdonarme?.....

AUG. ¿De qué?...... ¡Concluye! ¿Está aquí?

ESCENA XI

DICHOS y ELVIRA

ELV. (Presentándose.) ¡Sí! ¡Aquí estoy!

AUG. ¡Ah! (Gritando.—Yendo á ella, que le rechaza con rudeza.)

LUIS. ¡Psit! ¡Silencio! (Va hacia la derecha y echa la llave á la puerta, quedándose escuchando junto á ella.)

AUG. (En voz baja y lleno de profunda emoción.) ¡Elvira! ¡Elvira!..... ¿Qué has hecho?

ELV. ¡He querido ver á Ud. por última vez para oir de sus labios lo que me han dicho en su nombre! ¡Cuán lejos estaba yo de esperar semejante conducta!

AUG. (Suplicante y humillado.) ¡Por Dios, Elvira, no hables así! ¡Me hace daño el oirte!

ELV. ¿Sin duda habré dado motivo para ese proceder?

AUG. ¡Oh! ¡No, Elvira, no! Pero..... tú no sabes..... yo no puedo decirte..... lo que ha sucedido, lo que me obliga á.....

ELV. ¿A despreciarme y ofenderme?

AUG. ¡Oh! ¡No!

ELV. ¡De la manera más viva que Ud. podía hacerlo! (Con ironía.) ¿Y tan secreto es el motivo de esta repentina resolución?

AUG. (Cortado y confuso.) ¡Mis deberes!..... ¡Mi familia!.....

ELV. Y cuando Ud. me conoció, ¿no los tenía Ud. lo mismo que ahora?

AUG. ¡Sí, es verdad! ¡Pero, te lo ruego, Elvira! ¡No hables de ese modo cruel, que me lastima! ¡Compadéceme! ¡Te amo tanto!.....

ELV. (Con ironía.) ¡Sí; y por amor me abandona, y por amor falta á todas sus promesas; y me ultraja, tratándome como á la última de las mujeres, enviándome este papel, que he querido yo misma arrojarle al rostro! (Rasga en dos el resguardo del Banco y lo arroja á los pies de Augusto.) Y ahora, ¡adiós! ¡Adiós para siempre! (Vase hacia la izquierda.)

AUG. ¡Oh! ¡No! ¡Elvira de mi corazón! ¡No! ¡Perdóname!

ELV. ¡Nunca! ¡Te aborrezco!

AUG. (Cogiendo á Elvira una de sus manos y besándola.) ¡Mira! ¡Estoy loco! ¡Haré cuanto quieras!

ELV. ¡Déjame! ¡Aparta!

LUIS. ¡Por Dios, Elvira! ¡No sea Ud. rencorosa! Usted ve que Augusto está dispuesto á cumplirle todas las promesas que le ha hecho.

ELV. ¡Volvería á engañarme!

AUG. ¡No lo creas! ¡Te lo juro! ¡Dispón de mí! (Con pasión.) ¡Mándame! ¡Te obedeceré como un esclavo! ¿Qué quieres?.....

ELV. ¡Que me sigas!

AUG. (Pausa.—Se sienta y escribe febrilmente unos instantes; luego se pasa angustioso una mano por la frente, y haciendo un esfuerzo violento, dice á Luis.) Toma, dale á Angela esta carta. (A Elvira.) Vamos. (Vanse Augusto y Elvira.)

ESCENA XII

LUIS.—Luego ANGELA

LUIS. (Toca un timbre.—Al criado.) Diga Ud. á la señora que tenga la bondad de venir. (Vase el criado.) ¡Ya llegó al fin el suspirado instante!

ANGELA. ¡Augusto!.....

LUIS. ¡Señora!..... (Saludando respetuosamente.)

ANGELA. ¡Dios santo! ¡Qué desventura voy á saber! (Con angustia.)

LUIS. Augusto hace rato que se ha ido.

ANGELA. (Con sobresalto.) ¿Adónde? (Pausa.)

LUIS. ¡Á Italia! (Con satisfacción reprimida.)

ANGELA. ¿Será cierto?

LUIS. Lea Ud.. (Le entrega la carta que Augusto ha dejado.)

ANGELA. (Cogiendo nerviosa y agitadísima la carta y leyéndola para sí.) ¡Oh! ¡No puedo dudarlo! ¡Usted no se habría encargado de darme esta carta, si no fuera cierta mi desdicha! (De repente y con arrebato.) ¡Oh!..... ¡Pero aun puedo!.....

LUIS. ¿Qué?..... ¿Detenerle? ¡Imposible! ¡Él es completamente libre! Ya hablamos de eso anoche. Recuérdelo usted.

ANGELA. (Sentándose con el mayor abatimiento.) ¡No tengo fuerzas! ¡No puedo tenerme en pie! ¡Pobre de mí! (Llorando.)

LUIS. (Acercándose á ella y en voz baja.) Ya se lo dije á Ud. Augusto ama locamente á esa mujer. Le ha perdido Ud. para siempre.

ANGELA. (Llorando.) ¡Oh, no! ¡No es posible! (Con explosión.) No quiero creerlo.

LUIS. Si Ud. supiera y hubiera visto como yo las pruebas de la pasión que le inspira esa mujer, no dudaría un punto. Mire Ud.: (Recogiendo los pedazos del resguardo y mostrándolos á Angela.) aquí puede Ud. ver el caudal que, sin remordimiento alguno, regalaba á esa mujer, robándoselo á ustedes. Afortunadamente yo lo he evitado, haciendo creer á Elvira que éste era un papel sin valor, enviado por Augusto con su despedida eterna, para poner á prueba el cariño que ella le juraba. Por eso ha venido ella misma aquí y ha rasgado tan fácilmente ese documento. Y por eso su loco marido de Ud., viendo en este acto una demostración de amor sublime, ha partido con ella, más enamorado que nunca.

AUG. ¡Oh! ¡Qué tortura!

LUIS. ¡Y si supiese Ud. quién es ella! ¡Ese Luzbel; esa mujer de rostro divino y alma infernal! ¡Si él supiese que es engañado villanamente! ¡Que Elvira está enamorada de otro hombre, á quien van á parar todas las riquezas que á Uds. les roba!..... ¡Si él supiese!.....

ANGELA. ¡Basta! ¡Basta! ¡Oh! ¡Qué vil y qué cruel!

LUIS. ¡No, Angela! ¡Soy tan sólo un hombre apasionado, capaz de todo, por conquistar el amor de su alma!

ESCENA XIII

DICHOS y AUGUSTO por la izquierda.

ANGELA. (Corriendo á abrazarle.) ¡Augusto! (Impidiéndole arrojarse sobre Luis.)

LUIS. ¡Ah! (Con asombro y furor.)

AUG. Todo lo he oído, ¡canalla! Tu mismo malvado

afán te ha hecho olvidar de devolverme la llave de la puerta del jardín, impidiéndome salir.

LUIS. ¿Qué dice?..... (Sacando la llave del bolsillo.) ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Maldición!

AUG. (Con ira.) ¡Debería matarte!

LUIS. (Con arrogancia.) ¡Estoy pronto!

AUG. (Sarcástico é iracundo.) ¡Oh!..... ¡No en duelo, como á un caballero!..... ¡sino por la espalda, como á un vil ladrón! ¡Pero es imposible ahora! ¡Tendría el mundo motivo para mancillar el honor de esta santa mujer! ¡Estoy condenado á ahogar mis ardientes deseos de aplastarte como á una víbora! Este es mi castigo; ¡terrible como ninguno! Pero ¡ay de ti el día que te cruces en mi camino! ¡Toda esta sed de venganza que hoy no puedo satisfacer, he de saciarla en tu sangre envilecida! ¡Vete! ¡Líbrame de tu odiosa presencia! ¡Y ya que fuiste quien trajo á mi casa por primera vez á esa mujer, (Señalando á la izquierda) sé tú también quien se la lleve de aquí para siempre! (Vase Luis por la izquierda.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos LUIS.

AUG. ¡Qué avergonzado estoy, Angela mía!

ANGELA. (Con cariño, abrazándole.) ¡Augusto de mi alma!

AUG. ¡Perdona á este pobre loco, que ha vuelto, al fin, á la razón!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR

El único remedio, drama en tres actos en prosa y original.

La salsa de los amores, monólogo en verso.

Un amor del infierno, novela.

La policía secreta, episodio de la vida del general Prim.

Una broma, novela.

Un idilio, ídem.

La muerte de Abdul-Aziz, ídem.

Blanca, ídem.

Bodas tristes, narración.

Cómo aman los hombres, estudio psicológico.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fe,* Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado,* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simón y Compañía,* calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA, y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Vía Ugo Fóscolo, 5, MILÁN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.